



**Universidad de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades
Departamento de Ciencias Históricas**

Seminario de Grado: El poder y lo sagrado: Formas y símbolos.

La dinastía imperial de los Tenno

Remanentes arcaicos en el Japón del siglo XXI

Informe de Seminario de Grado para optar al grado de Licenciada en Historia.

ANGUEL MUÑOZ ALLENDE

Profesor Guía: SERGIO MELITÓN CARRASCO ÁLVAREZ

Santiago, Chile

2012

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar quisiera agradecer a las personas más importantes de mi vida, mi familia. Tanto mis padres como mi hermano han sido el mejor estímulo y apoyo que hubiese podido tener para concluir un ciclo que cierra con este paso. A ellos y el esfuerzo que han realizado por que sea una profesional, van mis más sinceros agradecimientos, pues sé que sin su ayuda esto hubiese sido imposible.

En segundo lugar, aunque no menos importante, le agradezco a mi profesor guía Sergio Carrasco, por su disposición desde el primer momento cuando le propusimos que dirigiese nuestro seminario. Sin su ayuda me hubiese sido imposible desarrollar temáticas que en nuestra Universidad y país siguen siendo considerados, en cierto punto, como extravagantes. Por su sincera confianza, constante buena voluntad y disposición, es en gran medida responsable de que este proyecto finalmente viese la luz, por lo que espero que tal como fue un guía para mí pueda serlo de muchos otros que vendrán.

Finalmente a todas las personas que he conocido durante mi tránsito como estudiante, porque gracias a todos he aprendido alguna lección que me acompañará para siempre.

Tabla de contenido

RESÚMEN.....	1
INTRODUCCIÓN.....	2
CAPÍTULO I.....	10
Preludio Conceptual.....	10
a) Los símbolos y su valor.....	10
b) El poder y su vinculación a los símbolos.....	15
c) La dimensión sagrada de los símbolos.....	23
CAPITULO II.....	27
Acercamiento a la Historia del trono Imperial.....	27
a) Origen Mitológico.....	28
b) Origen Histórico.....	33
CAPITULO III.....	45
Emperador y Religión.....	45
a) Shinto.....	45
b) Budismo.....	51
c) Otras influencias filosóficas.....	54
CAPÍTULO IV.....	59
Mentalidad japonesa.....	59
a) Estructura social.....	61
b) Sentido y sensibilidad nacional.....	66

CONCLUSIONES.....76

BIBLIOGRAFÍA.....79

RESUMEN

En las siguientes páginas hemos pretendido dar cuenta de las implicancias que tiene el emperador japonés dentro de la sociedad que lo ha formado, legitimado y mantenido a la cabeza de una estructura social marcadamente vertical, de la cual él es la máxima figura.

Partiendo por las exigencias que nos imponía el Seminario de Grado del cual forma parte esta investigación, llamado *El Poder y lo Sagrado. Formas y Símbolos*, es que durante el primer capítulo nos hemos dado a la labor de establecer claramente cuáles serán los conceptos y sus respectivas significancias de las que nos valdremos para explicar el particular fenómeno que en Japón ocurre con su desacralizado pero respaldado emperador, tarea en la que recurrimos a autores provenientes de distintas disciplinas, que enriquecerán el resultado. Para luego, en el capítulo II, relatar y analizar los hechos históricos que le han llevado a ser un personaje de primer orden en la formación y desarrollo del país, los que han contribuido a producir un tipo de disposición especial por parte de los japoneses hacia su figura que ha pasado de lo mítica y legendaria a la de un impoluto ciudadano de reconocida y honrosa ascendencia que ocupa su propio lugar en la sociedad que juntos han construido. Durante el capítulo III se dará revisión a las distintas influencias religiosas, filosóficas y morales que Japón ha recibido y las que en gran medida explican muchos de los fenómenos que históricamente son conocidos pero que por lo general carecen de una explicación más allá de los hechos. Para finalizar en el capítulo IV con una explicación, con las evidentes restricciones que implica un trabajo de éstas características, de ciertos aspectos de la mentalidad del pueblo japonés que expresan cierto carácter de grupo y que son el reflejo de la acción tanto de su historia común, como de las distintas disposiciones que han adquirido a lo largo de su proceso de adaptación a su entorno y a la sociabilización de sus miembros.

Tras dicha investigación pudimos validar nuestra tesis inicial sobre la superación que el emperador japonés ha llegado a forjarse más allá de un pasado mítico, que ya no le respalda, y que le ha llevado constituirse como elemento irremplazable de la sociedad japonesa, como símbolo mismo de la nación, su historia y cultura.

INTRODUCCIÓN

El mundo en el que vivimos en la actualidad se nos presenta de una manera fría y casi despiadada. La competitividad surge como una virtud y existe un culto al progreso y a la racionalidad en el que todos como sociedad global nos hemos visto inmersos. Hay un apasionamiento casi desesperado por el futuro, por cambiar pronto de piel y abrazar ese nebuloso prospecto con que la modernidad nos tienta día a día. En este contexto el estudio de temas tan sutiles como el simbolismo y el poder que estos pueden llegar a representar o ejercer en sí mismos y sobre nuestras propias estructuras de pensamiento y de "*ser en el mundo*", podría pensarse como una pérdida de tiempo. Mas si se hace una lectura a conciencia de nuestro entorno social, de nuestros códigos comunes y la forma en la que nos relacionamos unos con otros, manteniendo la mente dispuesta y alerta, nos daremos cuenta que los símbolos siguen vivos rodeándonos a cada momento.

Desde los orígenes millones de símbolos han sido hallados desde la más remota antigüedad y grabados para la posteridad por gentes de las más diversas culturas, los que no pocas veces presentan conexiones profundas y perceptibles entre ellos ante el investigador. Esto es un claro indicio de que siempre han estado allí, no como simples elementos decorativos, sino que para ejercer una función concreta, la de delimitar el mundo, establecer signos que actúen como redes que organicen el caos y le den una estructura en la que desenvolverse a estos seres esencialmente sociales que somos los humanos.

Vivos como siempre han estado estos símbolos no han dejado de acompañarnos, de ayudarnos a interpretar el mundo, volviéndolo legible en su inmensidad. La diferencia es que con el paso del tiempo y nuestro andar como especie hemos dejado de estar plenamente conscientes de ellos o simplemente hemos desestimado su existencia e influencia, tal vez como síntoma de nuestra soberbia contemporánea hacia todo lo que nos resulte sospechosamente inexplicable y misterioso. Todo lo que se encuentre en una frontera más allá de los parámetros científicos que nos hemos impuesto como sociedad, delimitando y limitando nuestra comprensión de la naturaleza, nuestras sociedades y hasta de

nosotros mismos como seres sensibles y sujetos a una historia y realidad que va mucho más allá de nuestra propia y perecedera existencia, se nos inculca como una carga de la que debemos desprendernos para ser parte de la sociedad del mañana. En otras palabras, como diría C. G. Jung¹, aportando sus conocimientos en psicología analítica², la consciencia civilizada se ha ido separando en forma constante de sus instintos básicos. Pero estos instintos no han desaparecido, simplemente han ido perdiendo contacto con nuestra conciencia y, por tanto, se hacen valer de forma indirecta. Por ello, plantea que el género humano es como una persona arrastrada por fuerzas inconscientes contra las que le es casi imposible luchar.

Estos instintos se establecen en muchos casos como patrones mentales que se vuelven absolutamente concretos en la práctica, por tanto no se les puede despreciar como formas efectivas de poder, un poder que tal vez se exprese de una manera enteramente sutil pero que lejos de ser esta –la forma en que operan primordialmente desde la temida frontera de la “inconsciencia” fuera del plano consciente y racional que podemos controlar– una atenuante de la intensidad con la que pueden llegar a actuar en nuestro comportamiento, se deben enfrentar con aún mayor respeto ya que este actuar es silencioso pero determinante pues está grabado como un ADN mental³ ante el que es muy dificultoso poder escapar y que nos mantiene sujetos a ciertas formas y modos que están arraigados en lo profundo de nuestra psique.

En el campo de la antropología también se ha teorizado a este respecto, es así como desde los años setenta Clifford Geertz⁴ citó con aprobación las

¹ JUNG, Carl G. *El hombre y sus símbolos*. Luis de Caralt Editor S.A. Barcelona. 1976. p. 80.

² También llamada psicología profunda o psicología de los complejos, con que analiza la conexión funcional entre la estructura de la psique y la sus productos, es decir, sus manifestaciones culturales.

³ Tal como lo da a entender Sigmund Freud, cuando explica que así como el cuerpo humano representa todo un museo de órganos, cada uno con una larga historia de evolución tras sí, igualmente es de suponer que la mente esté organizada en forma análoga. Por esto, es de suponer que la mente no se forma, al menos únicamente, gracias a una referencia consciente del pasado valiéndose del lenguaje y otras tradiciones culturales. Habría un desarrollo biológico e inconsciente de la mente, una psique inmensamente vieja que forma parte de ella. Una mente primitiva, con imágenes colectivas y cargas mitológicas. El término que este autor utiliza es el de “*Remanentes Arcaicos*” para describir tal fenómeno.

⁴ Geertz se especializó en la llamada “antropología simbólica”, que se enfoca en el papel que cumplen los símbolos en la sociedad. Para él la cultura es un sistema de concepciones

conclusiones del sociólogo Max Weber que calificó al hombre como “...un animal suspendido en redes de significación que él mismo ha tejido”⁵ y añadió que éstas redes vendrían a ser la cultura y que serían visibles encarnadas en símbolos, rutinas y rituales. Asimismo éstos pueden camuflarse, mutilarse y degradarse pero jamás extirparse, ya que son fuerzas que proyectan al ser humano hacia un mundo más espiritual, infinitamente más rico que el mundo cerrado de su momento histórico.⁶ Entonces, el poder que estos ejercen actúa directamente en nuestra mentalidad, en nuestras acciones y comportamiento, en el cómo entendemos y aceptamos nuestra realidad.

Si a esta disposición orgánica de nuestro ser le sumamos la influencia externa adquirida a la que nos vemos expuestos como entes sociales susceptibles de un “moldeamiento” a nuestro medio y sus condiciones, da respuesta al porqué existen ciertos rasgos culturales que no responden a una particularidad individual sino que grupal y que hace posible la identificación social con quienes compartimos una historia en común y una red de simbolismos que nos llevan a entender el mundo y ser parte de él en un medio social determinado.

El sociólogo Pierre Bourdieu⁷ tiene su propia forma de enfrentar estas disposiciones. Él, como científico de los hechos, se atiene a la injerencia en nuestra consciencia e inconsciencia del ambiente social en el que nos desarrollamos y atribuye nuestro comportamiento a una serie de disposiciones adquiridas por los agentes sociales, una suerte de estructura estructurada estructurante. A esto le llamaría “*habitus*”, un esquema de pensamiento, visión, apreciación y acción que los agentes incorporan a lo largo de su vida generando en ellos prácticas ajustadas a esos esquemas propios de dicho medio. Son tendencias adquiridas mediante su ejecución e inculcamiento que se convierten en disposiciones colectivamente heredadas que hacen comprensible el fenómeno de la reproducción de lo social, incluso de sus estructuras de dominación. Según se propone, sería tal la fuerza con la que actúan que, aunque no es un sistema estático sino abierto, estructura la

expresadas en formas simbólicas por medio de las que la gente se comunica, desarrolla y perpetúa su conocimiento, dotando al mundo de sentido.

⁵ v. COLE, Michael. *Psicología Cultural*. Ed. Morata. Madrid. 2003. p. 118-120.

⁶ A esto hacen referencia Neila Muñoz y Carlos María en: *Antropología Simbólica y de la Religión: Imágenes y símbolos*. Tesis. 2001, p. 9.

⁷ BOURDIEU, Pierre. *Meditaciones Pascalianas*. Ed. Anagrama. Barcelona. 1999. 365 pp.

subjetividad de los agentes y los hace poseer una subjetividad socializada, una personalidad sobre la que se puede historizar. Esta fue, por tanto, la primera luz que nos guió en nuestro camino.

Además, este autor nos introduce en un nuevo concepto, el de “violencia simbólica”, que será de gran utilidad en nuestro estudio porque si entendemos que los símbolos ayudan a constituir el lazo social, ejercen su influencia en un plano más allá de la razón y tienen un componente emocional a través del que actúan, Bourdieu también asegura que este lazo se da a través de una lucha de fuerzas y la imposición de unos sobre otros, en donde la mayor fuerza ejercida es la que impone su arbitrariedad. Podemos asumir entonces que los símbolos van asociados a una fuente de poder de invaluable tenencia ya que quien los administre tendrá el control de los patrones y estructuras sociales, siendo un poder de construcción de la realidad. Por tanto, este poder de dirigir nuestra realidad es apetecido y vital tanto para quienes pretenden continuar con la situación establecida, como para quienes pretenden cambiarla.

Sin embargo, hay que señalar que para que los símbolos alcancen significancia, se impongan y mantengan, les es necesario complejizarse y consagrarse. Que se establezcan como principios requiere de una introducción sutil y compleja, ya que actúan de un modo silencioso e implican una relación emocional pues el símbolo puede dar forma a lo que no tiene forma, materializando lo que antes era solo sensaciones, ideas, intuiciones, creencias o valores, así que para integrar estos símbolos, que implican ciertas conductas o disposiciones, primero se requiere construir una visión legítima de ellos, la que se produce gracias a la imposición conseguida en las luchas simbólicas realizadas previamente. Es así como se los asocia a una emanación sagrada que los sostenga, que les brinde categoría y los vuelva excepcionales y los diferencie frente a lo común, frente a lo que Mircea Eliade define como lo “profano”⁸, valiéndonos así, mediante la oposición de conceptos, para intentar verbalizar un concepto que de otra forma se torna demasiado complejo y escurridizo. Lo Sagrado, como es de suponer, se aprehende no desde la razón, sino desde el sentimiento, debido a su calidad de subjetivo, aunque tiene un componente objetivo, que es el valor que se le asigna, pues quien siente lo sagrado lo siente como objetivo, como real.

⁸ v. ELIADE, Mircea; *Lo sagrado y lo profano*. Guadarrama/Punto Omega Ed. 1981

Es por lo narrado antes que toda esa comunión entre símbolos, poder y su asentamiento en nuestra cultura y memoria, se reviste de una fuente de inagotable sustento: una emanación sagrada que lo sostiene y que le da la consistencia necesaria como para volverse verdaderos cimientos de nuestra cultura y base de quienes somos. Si lográsemos aislarlos para poder analizarlos, tal como lo haría un científico en su laboratorio, estaríamos más cerca de entender el porqué de nuestros comportamientos y, en el fondo, de quiénes somos en el mundo

Ahora bien, ya establecido el porqué la elección de este tema y la importancia de su estudio y análisis para comprender nuestra realidad, es necesario esclarecer el porqué he elegido Japón como el lugar para poner en funcionamiento estos conocimientos y así analizar ciertos aspectos culturales que respondan a la influencia simbólica.

Mientras nos adentrábamos como seminaristas en el significado que los símbolos han tenido en el transcurso de la historia de la humanidad comenzó a ser evidente que el hombre occidental ha perdido mucha de su conexión y de su capacidad para estar en sintonía con estos verdaderos baluartes en los que se deposita una fuente no sólo de conocimiento útil para nuestro tránsito en el mundo, que son los símbolos, sino que también ha sufrido una desconexión consigo mismo, se ha perdido a sí mismo y a sus raíces por el sueño de la sociedad global y de la promesa de un eterno progreso; progreso que debiese, en algún momento, darnos una felicidad que cada vez se torna más difusa y condicionada. En este sentido es que nuestra previa admiración por el oriente y su, al parecer, inagotable mística y conexión con un sentimiento de profunda espiritualidad –sobreviviente casi milagrosa ante el sueño contemporáneo que afecta a occidente y que terminó por consumirnos- especialmente por Japón, que se ha convertido en ícono de la modernidad y desarrollo tecnológico, toma nueva relevancia.

Así, cuando pensamos en Japón, lo primero que viene a nuestras mentes seguramente serán calles atiborradas y un ritmo frenético de vida. También pensamos en eficiencia y tecnología, pensamos en una economía sólida y un nivel de desarrollo del que todavía estamos muy lejanos como país e incluso los más jóvenes harán referencia a mangas y series de animación o películas de terror. Pero es extraño como lo último que se vendría a la mente sería mencionar cualidades como la búsqueda de la armonía, el prestigio de la austeridad, el

mantenimiento de la jerarquización social, el valor del honor y el profundo respeto y celo por las tradiciones ancestrales. Esto puede responder a que la imagen que se nos presenta está distorsionada ya que se produce desde nuestro propio filtro occidental sobre éste país, el que por lo general va ligado a planos más bien prácticos que se limitan a la economía y el desarrollo tecnológico. Si es que ha llamado nuestra atención este aparentemente insignificante conjunto de islas en comparación, por ejemplo, a la grandeza de China o Rusia que son sus vecinos, es porque en Japón se ha producido un fenómeno único y que ilustra en todo su esplendor el tema que se nos ha planteado en este Seminario de Grado: la cuestión del poder y lo sagrado, de las formas y los símbolos.

Si a un japonés se le pregunta qué es sagrado para Japón la más probable respuesta será “el emperador”. Lo natural, entonces, es preguntarse por qué sucede esto. Es por ello que en torno a este fenómeno tan particular de este país, realizaremos nuestro estudio e intentaremos dar respuesta tanto al porqué se produce y cómo se ha conformado, así como también al motivo por el cual ha logrado sobrevivir al escepticismo y ruptura general que el hombre contemporáneo ha hecho con sus ancestrales formas de comprender y estar en el mundo, deshumanizándose al desarraigar integrantes de importancia en nuestra constitución mental como lo son estas formas de hacer legible lo que nos rodea, al abandonar su propia espiritualidad y tradición expresada en una red compleja y variada de signos y símbolos que, dada esta función tan fundamental, se revisten de una sacralidad propia de su indispensabilidad.

Si queremos entender cómo es posible que a pesar que el líder máximo de Japón no cuenta con ninguna atribución política constitucional o con su antigua divinidad ancestral, continúa con su posición de honor y reconocimiento, deberemos sumergirnos en los aspectos que antes mencionábamos, relacionados con las disposiciones adquiridas por generaciones e inculcadas por la fuerza de la cultura y la fidelidad del sentimiento. Es Japón un lugar muy excepcional, lleno de contrastes que aunque en otros sitios pudiesen ser excluyentes, aquí logran llegar a equilibrios perfectos que será provechoso estudiar.

Nuestra hipótesis responde a la particularidad de este pueblo. El emperador japonés a lo largo de la historia ha logrado ser más que su ascendencia divina. Está más allá de la simple e impuesta sacralidad de la que estamos familiarizados en

occidente o el poder de mando efectivo, más allá de los lujos o los símbolos de poder,⁹ porque el emperador japonés es Japón. En él sus súbditos ven prevalecer por sobre la temporalidad el espíritu japonés, lo que ellos llaman *Yamato Damashii*, es él el símbolo y la sacralidad de su figura reside en la trascendencia real que representa, más allá del mito. Es un símbolo con la fuerza de un emblema patrio, sagrado por la potencia de la profunda identificación de su pueblo con él, la que ha sido posible por las condiciones únicas tanto geográficas, naturales, culturales y espirituales del Japón.

A lo largo de su historia los japoneses han vivido múltiples conflictos tanto por razones políticas internas, económicas, choques de culturas y grandes catástrofes naturales y militares. Por eso han ido modelando un perfil, una personalidad de cuerpo, si queremos llamarle así un *habitus* sobre el que se espera trabajar, pero es por esta misma particularidad que es preciso, para buscar un rasgo distintivo de su sociedad, como en este caso será el emperador, que deberemos buscar apoyo en la sicología social, la antropología y sociología más que en la historia para tal vez en ellas encontrar una respuesta, para que como disciplina historiográfica comencemos a encontrar caminos y pistas que nos sirvan de guía. En esta medida es que fue necesario, naturalmente, comenzar por una interiorización historiográfica sobre el país, para lo cual la lectura de autores como Herbert Gowen¹⁰, Siri Olhson¹¹ y Jaime Tramón¹², fue esencial a modo introductorio pero la que, dado nuestro interés de estudio fue imperioso complementar con otros autores –de los cuales ya hemos adelantado los principales– que tienen que ver con otras áreas de especialidad, como son la antropología (Benedict), sociología (Bourdieu) y psicología (Jung), complementados a su vez por el aporte de la historia de las religiones (Eliade) e historia cultural, en cuyo último caso, recurrimos a autores japoneses como Mori Kōichi o Kuroda Toshio, quienes nos permitieron un acercamiento mucho más directo a su sociedad y quiénes son los más indicados para introducirnos a ella.

⁹ De los que Japón carece en cuanto a la investidura real más allá de las tres reliquias que Ninigi-no-Mikoto, el primer emperador habría legado a sus sucesores y que representan el valor, la sabiduría y la benevolencia, cualidades que se esperaban del soberano.

¹⁰ GOWEN, Herbert. *Historia del Japón, desde sus orígenes hasta nuestros días*. Ed. Ercilla. Santiago. 1942.

¹¹ OHLSON, Siri. *Historia del Japón, desde los orígenes hasta principios del siglo XX*. Ed. Seix Barral S. A. Barcelona. 1940.

¹² TRAMÓN, Jaime; *Historia y cultura de Japón*. "PHAROS: Revista Semestral de la Universidad de las Américas", Vol. 7. Santiago. 2000.

Esta necesidad de echar mano al aporte interdisciplinario responde a la importancia de no sólo depender de la capacidad de situar los hechos históricos como tal sino también el desentrañamiento del factor social que éstos generan y cuáles son las características identificables y otras más sutiles de la sociedad japonesa y cómo se van configurando en el tiempo dando lugar a una mentalidad y lógica tan única. Rolando Mellafe¹³ una vez señaló que los historiadores estábamos escribiendo una historia sumamente estrecha, no solamente en términos temporales sino también en la profundidad y en el ámbito de la comprensión del acontecer. Escribíamos comúnmente sólo la historia de los hechos conscientes y racionales, preponderantemente masculina, urbana, del acontecer político y del acontecer feliz¹⁴. Por ello será necesario abordar el tema desde el punto de vista de la Historia de las mentalidades o como también se le llama “Historia de la sensibilidad”, que se ocupa, precisamente de las concepciones y percepciones, buscando desentrañar desde las prácticas que en una sociedad determinada dan cuenta de una mentalidad que las provoca, cuya operacionalidad se entiende dentro del contexto de un tiempo y realidad geográfica determinada. En una exposición de características exploratorias, basado en un estudio cualitativo centrado en la explicación del fenómeno del simbolismo y las implicancias que éste tiene en la sociedad japonesa.

Ahora bien, si es que nos parece necesario abordar este tema es porque creemos que rescatar a través de éste tipo de trabajos la cuestión de la permanencia y el arraigo cultural, en el caso de Japón representado en la figura imperial y sus alcances, magnitud y presencia en su sociedad, es porque ha logrado mantenerse cual estandarte del tiempo en medio de la actual modernidad con sus deseos de constante progreso y con la presión de una globalización que aspira y nos hace desear una homogeneización de la humanidad que se cree imprescindible para alcanzar un éxito que a final de cuentas es bien relativo y engañoso si nos detenemos a analizarlo. Esto, a nosotros que estamos en Chile y que hace poco nos hemos encontrado en medio de este torbellino progresista y de feroz economía nos puede servir como una guía para no perdernos en el camino al desarrollo que tanto se nos promete, y así disfrutar del porvenir sin abandonarnos.

¹³ Historiador chileno, Premio Nacional de Historia en 1986.

¹⁴ MELLAFE, Rolando. *El acontecer infausto en el carácter chileno: una proposición de historia de las mentalidades*. “Atenea”. N° 442, octubre. U. de Concepción. 1981. pp. 121-128.

CAPÍTULO I

Preludio conceptual

Las directrices en torno a las que se trabajará, y las bases teóricas tanto del Seminario de Grado, como de mi investigación son tres: el simbolismo, lo sagrado y el poder. Estos temas, a pesar de que han sido tratados extensamente, muchas veces se los considera como definidos en sí mismos o ya reconocidos y que, por lo tanto, no necesitan esclarecerlos.

Sin embargo, en el presente estudio es fundamental tener claro a qué nos referiremos cuando hablemos sobre estos conceptos para entender sus manifestaciones o características en un tiempo y espacio determinados. En este caso la intrincada y, para muchos, desconocida sociedad japonesa.

a) Los símbolos y su valor:

El plantearse la cuestión del simbolismo en nuestra sociedad y mentalidad actual es dificultoso. La era en que vivimos parece no dar pie a este tipo de temas porque se los relega a un lugar casi de descrédito, porque ¿quién no ha oído a alguien más decir “es un mero simbolismo” cuando una acción o decir carece de verdadero sentido o validez? Apenas intentamos examinar su significado, lo que a primera vista podría parecer obvio se torna escurridizo y ambiguo. Tal como se pregunta Francisco Folch¹⁵ al principio nos encontrábamos perdidos en una serie de significancias que iban desde lo banal hasta las expresiones más destacadas y reconocibles. El símbolo ¿es sinónimo de ejemplo, de paradigma, de encarnación emblemática? Como acaso fue Juana de Arco símbolo de sacrificio patrio en la historia francesa, ¿o sinónimo de signo, señal sensorialmente aprehensible de un concepto abstracto? Como son las coronas símbolos de realeza y gobiernos monárquicos, ¿o simplemente aquello que decae hasta lo ritual pero vacío?

¹⁵ FOLCH, Francisco José. *Sobre símbolos*. Ed. Universitaria. Santiago. 2000.

Etimológicamente, la palabra griega “*symbolon*”, equivalía a símbolo, “señal”, pero también a indicio y conjetura. *Symballō* (“yo junto, hago coincidir”), está compuesto a su vez por *Syn* (con) y *ballō* (yo arrojo, lanzo). Se alude, por tanto, a que el *symbolon* es la reunión de dos compuestos. Un objeto partido en dos pedazos, cada uno de los cuales guardaba una persona distinta. La coincidencia perfecta de ambos trozos permitía, más tarde, que los portadores se reconocieran como partícipes de un conocimiento ignorado por los demás. Un saber secreto, que no puede o no debe estar al alcance de cualquiera¹⁶, por ello se podría decir que no todos pueden acceder a este saber siendo una expresión que apela a los sentidos para sugerir una idea, ya que hace falta la sensibilidad de captarlo, la cultura y memoria para entenderlo y la mentalidad para vivirlo, para cuyo acceso la clave es el símbolo. Si aceptamos esto entonces podemos comenzar a entender el porqué varios autores se refieren al símbolo como un elemento fundamental para la cohesión social, puesto que genera nexos que son exclusivos de ciertas sociedades y que únicamente son comprensibles para los sujetos que forman parte de determinado grupo.

Partiendo desde las definiciones más básicas, en este caso comenzamos con un diccionario que cualquier persona podría abrir para comenzar a interiorizarse en relación a este tema. Así, según la RAE un símbolo es una “Representación sensorialmente perceptible de una realidad, en virtud de rasgos que se asocian con ésta por una convención socialmente aceptada.”¹⁷ Con ello se puede estar de acuerdo en primera instancia. Pero un símbolo es mucho más que esto, debe serlo si es que nos hemos valido de ellos para darle significancia a un mundo que sigue siéndonos desconocido y maravilloso hasta el día de hoy.

Como bien establece Jean Cooper, el símbolo “...no es una cosa estática, fijada una vez para siempre y para todos”¹⁸, más bien se van formando a medida que nuestras propias necesidades sociales se manifiestan. Pueden crecer y expandirse, incluir otros significados y volverse ambivalentes, es decir, tener un

¹⁶ Op. Cit. p. 9.

¹⁷ Real Academia Española (Diccionario de la Lengua Española - Vigésima segunda edición).2001. [en línea]
<http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta?TIPO_BUS=3&LEMA=simbolo> [consulta: 17 de agosto 2011]

¹⁸ COOPER, Jean C. *El simbolismo: lenguaje universal*. Ed. Lidium. Buenos Aires. 1988. p. 6.

significado en una cultura y una época, y una connotación diferente en otra porque el símbolo como el mito o las imágenes, pertenecen a la sustancia de la vida espiritual, son fuerzas que proyectan al ser humano, condicionado históricamente, hacia un mundo espiritual infinitamente más rico que el mundo cerrado de su momento histórico.

Y ya que relacionamos a los símbolos con este contenido histórico a la vez que con su permanencia en la memoria colectiva, es conveniente tomar en cuenta el aporte que hizo a este respecto F. C. Bartlett (1932), primer psicólogo experimental que estudió la cuestión de la cultura y la memoria de una manera controlada, quien propuso que la memoria se organiza en función de dos principios¹⁹. El primero de ellos, y el que nos interesa destacar, es el proceso de recuerdo constructivo. Bartlett supuso que las culturas son colectividades organizadas de personas con costumbres, instituciones y valores compartidos. Los individuos forman "opiniones arraigadas" en torno a actividades valoradas, institucionalizadas. Estos valores y su expresión a través de la cultura moldean tendencias psicológicas para seleccionar ciertas clases de información para el recuerdo. Si lo asumimos de esta forma, este planteamiento podría responder al porqué es que son un comportamiento que parece ser natural a los seres humanos y el porqué se retorna a ciertas prácticas y se retoman antiguas formas de conocimiento y de pensamiento, tal como ocurrió en el s. XVIII en Japón con el movimiento nacionalista que rescató al Shintō como la religión ancestral japonesa de entre las influencias que durante siglos había ejercido el budismo y nuevos influjos extranjeros, convirtiéndola en la religión oficial del estado japonés y por primera vez estableciendo patrones y ritos en su práctica que ya era milenaria²⁰.

Las ideas de Bartlett serían los primeros atisbos sobre estos temas, que luego desarrollarían otros psicoanalistas como el doctor Jung²¹, quien a diferencia de su predecesor le da a los símbolos el rol principal de hacer posible el afianzamiento de las "ideas arraigadas" de Bartlett. Expresa que un símbolo insinúa algo no conocido además de lo aparente y lógico, que hay un factor emotivo al cual respondemos innatamente pero también explica este suceso por una carga

¹⁹ COLE, Michael. Op. Cit. p. 66.

²⁰ En japonés, "Shintō" significa "el camino de los dioses o espíritus", es la religión primitiva y popular de Japón.

²¹ JUNG, Carl. Op. Cit.

biológica heredada en el desarrollo de nuestra psique. Para él, el examen del hombre y sus símbolos es el examen del hombre con su propio inconsciente, el que es guía y consejero de lo consciente. Por esta razón, los símbolos no pueden ser definidos con precisión o completamente explicados, ya que cuando lo intentamos la mente se ve llevada a ideas que yacen más allá del alcance de la razón. Este es el principal motivo por el que el hombre usa términos simbólicos para representar conceptos que no se pueden definir o comprender del todo, en una imagen u objeto representativo decantamos esta serie de ideas asociadas que por sí sola nos serían difíciles de dar a entender. Así entonces, podemos decir que las proposiciones de Folch se ven completadas por el planteamiento de Jung, quien le da una explicación a esta dificultad humana para referirse a los símbolos y significancias que él mismo ha producido y que son la expresión a sentimientos, intuiciones y sensaciones que no son traducibles a la racionalidad del discurso verbal, siempre limitado e insuficiente²².

Además hay que considerar que como una vez lo planteó Freud en el caso de los sueños, con frecuencia se producen elementos que no son individuales y que no pueden derivarse de la experiencia personal, estos fenómenos a los que califica de “remanentes arcaicos” serían formas mentales cuya presencia no puede explicarse con nada de la propia vida del individuo y que parecen ser formas aborígenes innatas y heredadas por la mente humana. La mente no se forma por sí misma por medio de una referencia consciente al pasado valiéndose del lenguaje y otras tradiciones culturales sino que hay un desarrollo biológico e inconsciente de ésta²³, Jung lo complementa desde su perspectiva disciplinaria especificando que si se identifica la psique con la conciencia, se puede caer en la idea errónea de que el hombre viene al mundo con una psique sin contenido y que en los años posteriores se alimenta nada más de lo que prendió por experiencia individual. Entonces esto puede expresar cierto determinismo de base que nos diferenciaría con rasgos generales que comúnmente son asignados a un aprendizaje y al factor ambiental en el que nos desarrollamos.

²² El psicoanalista Donald Meltzer, ahonda también a este respecto y en su artículo *Acerca de signos y símbolos*, presentado en la conferencia de Florencia en febrero del 2000. Se refiere principalmente a las limitaciones de las lenguas para describir las emociones y concluye que para esos efectos la construcción simbólica se vuelve fundamental para los hombres, ya que les da la posibilidad de representar de alguna forma estas ideas incapaces de verbalizarse incluyendo todo lo que nos generan y quieren decir.

²³ JUNG, Carl. Op.Cit. p. 64-65.

Lo anterior revela entonces el porqué los símbolos no son individuales, sino colectivos en su naturaleza y origen, muchas veces siendo representaciones emanadas de los sueños de edades primitivas y fantasías creadoras. Así como lo es el origen histórico del emperador nipón, el que se mezcla con la mitología y religión ancestral del país. Estos grandes íconos nos introducen en un nuevo concepto en el que Jung hace hincapié: los arquetipos, que define como el material básico del que está hecho el inconsciente (preformados, ordenados y ordenadores), que son al mismo tiempo imágenes que están íntimamente unidas por el puente de las emociones al individuo, siendo una tendencia tan marcada en la historia de la humanidad que los compara con los instintos más elementales de los animales, como, por ejemplo, la supervivencia. Cooper hace notar que los arquetipos y los símbolos no son la misma cosa, porque un arquetipo (de "arque", que significa origen, causa o principio, fuente primordial, y "tipo" que quiere decir copia, modelo, impresión o forma, generalmente abstracta)²⁴ sólo se manifiesta por medio de símbolos –por tanto, se vale de ellos– dado que presentan lo abstracto en una forma concreta, bajo una imagen que puede ser claramente reconocida o que reviste diferentes formas o atributos.

Uno de los arquetipos más importantes y difundidos a lo largo de las diversas culturas es el de la figura del héroe, la que ha existido desde tiempos inmemoriales. Este sería el mito heroico universal que plantea a un hombre o semi-dios que vence al mal encarnado en alguna forma y que libera a su pueblo de la destrucción y la muerte, lo que exalta a los individuos hacia una identificación con el héroe. Podemos añadir que Japón no está ausente de tal fenómeno y que el propio emperador es reflejo de ello. Pero más adelante ahondaremos sobre las circunstancias que rodean este fenómeno en la historia mítica y fundacional del país.

La mente se ha desarrollado hasta su estado actual de consciencia durante muchísimo tiempo y aún sigue su desarrollo por lo que nos encontramos impulsados por fuerzas internas hereditarias a la vez que por estímulos externos y es innegable que el hombre necesita ideas y convicciones generales que le den sentido a su vida para encontrar su propio lugar en el universo. Si aceptamos que los animales tienen poca consciencia pero muchos impulsos y reacciones que

²⁴ COOPER, Jean C. Op. Cit. p. 7.

denotan la existencia de una psique; también podría ser el caso de los hombres en su estado primitivo. Sin embargo, como raza nos hemos impuesto la tarea de enterrar esta condición. Pese a lo anterior ya se ha demostrado según nuestros propios registros que el hombre puede soportar grandes penalidades cuando está convencido de que sirven para algo y el tener un sentido de vida, un propósito hace que su cosmos se ordene y le dé a él mismo un lugar en un espacio que es intimidante. Los símbolos religiosos tienen como misión darle sentido a la vida del hombre más allá de su realidad cotidiana. Dotan a su vida de una perspectiva y finalidad que va más allá de su limitada existencia y le da un significado más amplio que lo eleva más allá del mero ganar y gastar.

Finalmente nos quedamos con las reflexiones en las que concluye el doctor Jung su trabajo, cuando hace hincapié en advertir que el hombre moderno no comprende hasta qué punto su racionalismo (que destruyó su capacidad para responder a las ideas y símbolos numínicos²⁵) le ha puesto a merced de lo que él define como “el inframundo psíquico”²⁶, ya que mientras se cree que nos liberamos de la superstición, en el proceso perdemos nuestros valores psíquicos hasta un grado peligroso porque se desintegran nuestras tradiciones espirituales y morales. Un precio que se paga con la desorientación y disociación hoy extendidas por el mundo contemporáneo.

Cuando los antropólogos han descrito lo que sucede con las sociedades primitivas que pierden sus valores espirituales tradicionales ante el choque con las culturas externas modernizadoras, su gente pierde el sentido de la vida, su organización social se desintegra y la propia gente decae moralmente porque ya no existen esas redes que los mantienen cohesionados ni que les proporcionan una cosmovisión común para convivir en armonía, es entonces un llamado de alerta.

b) El poder y su vinculación a los símbolos

Al definir qué es el poder, realizaremos el mismo ejercicio que anteriormente hicimos con el símbolo, por tanto, comenzaremos con la base más primaria que es

²⁵ Que se refiere a la energía psíquica.

²⁶ JUNG, Carl. Op. Cit. p. 91.

la RAE, la que nos define poder como “Tener expedita la facultad o potencia de hacer algo.// Tener facilidad, tiempo o lugar de hacer algo.”²⁷

La ambigüedad de la definición es compatible con la del concepto al cual nos referimos. El poder sería la habilidad de generar cierta influencia pero no es posible intentar referir algo más complejo o específico porque hay demasiadas formas de poder y aún más maneras de ejercerlo y manifestarlo. El uso más habitual del término refiere al dominio, imperio, facultad y jurisdicción que alguien tiene para ejecutar algo o mandar. Así, el poder se relaciona con el gobierno de un país o con el instrumento en el que consta la facultad que un hombre otorga a otro para que, en lugar suyo y representándole, pueda ejecutar algo. Además, el poder tiene otra acepción y es que puede referir a una posesión o la tenencia de algo.

Etimológicamente, proviene del latín *posse* que se traduce como poder, ser capaz de, ser posible o, como señalábamos, incluye esta capacidad de potestad sobre algo. El verbo se forma en latín de una contracción con el verbo *esse* (ser, estar, existir) con un viejo adverbio y adjetivo que es *pote* (posiblemente, posible, capaz), surgiendo la expresión *pote est* (es posible o es capaz), que con el tiempo se sintetizaría en *posse*²⁸, que sería la raíz de esta palabra. Por lo que podemos comenzar esta introducción al término, con la idea de que el poder tiene que ver con cierto potencial de hacer algo, de intervenir y dirigir influencias.

En este sentido debemos tratar de comprender cómo opera el poder de los símbolos y cómo es que logra ejercer un dominio efectivo en el campo de las relaciones humanas. Foucault plantea que el poder no le pertenece a ninguna estructura jerárquica, que no es estático y que, de hecho, no le pertenece a una sola persona sino que lo ejercemos todos y que en sí mismo no supone una violencia explícita sino el hacer que la gente se comporte de cierta manera o crea determinada verdad por sí misma a través del convencimiento,²⁹ y sería así como

²⁷ Real Academia Española (Diccionario de la Lengua Española -Vigésima segunda edición) 2001. [en línea] <http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta?TIPO_BUS=3&LEMA=poder> [consulta: 17 de agosto 2011]

²⁸PODER- Diccionario Etimológico - deChile.net [en línea] <<http://etimologias.dechile.net/?poder>> [consulta:21 de marzo 2012]

²⁹ v. FOUCAULT, Michel. *Microfísica del Poder*. 1985.[en línea] <[http://www.esnips.com/doc/c5c3c4b2-dfea-4504-af8c-8ece37a0ce80/Michel%20Foucault%20-%20Microfísica%20del%20poder%20\(completo\)](http://www.esnips.com/doc/c5c3c4b2-dfea-4504-af8c-8ece37a0ce80/Michel%20Foucault%20-%20Microfísica%20del%20poder%20(completo))> [consulta: 13 de octubre 2011]

se llegarían a establecer formas y modos que con el tiempo llegan a configurar un conocimiento o comportamiento irrefutable, por ello, este autor nos advierte que es en la difuminación del poder, donde reside su potencia y también su potencial peligro ya que gracias al establecimiento de los símbolos se produce el fenómeno de la anuencia de los agentes, quienes en alguna medida son cómplices de tal relación de dominación, donde el poder se inscribe en la psique del sujeto en la forma de disposiciones duraderas. De esta forma, las relaciones de poder están ocultas por otras relaciones de fuerza donde lo que entra en juego son otras armas. Como esboza Moreno,³⁰ el lazo social está dado por el poder, es decir, por las relaciones de fuerza y la imposición de unos sobre otros, en la que se impone una arbitrariedad que liga a los individuos, sujetándolos a un mundo donde la mayor fuerza ejercida está en el uso de lo que Bourdieu denomina “violencia simbólica”, la que impone significados legítimos que fortalecen el ejercicio del poder al ocultar su procedencia.

El concepto de violencia simbólica nos introduce en la idea de que lo simbólico se interprete como un espacio en el que necesariamente los agentes sociales se encuentran en una relación de percepción y reconocimiento, esto implica pensar en el fenómeno de la dominación en las relaciones sociales, en su eficacia y funcionamiento. Es una lucha de clasificaciones propiamente simbólica, para imponer una visión del mundo social, o, más bien, es una manera de construirlo, en la percepción y en la realidad, la que, por supuesto, también incluye la constitución de las clases según las que el sistema social es distribuido. En este planeamiento entonces, se establecen las jerarquías, las que al contar con esa posición de privilegio y el control simbólico, elaboran la forma de perpetuarlo. Por tanto, si se reconoce que la dimensión simbólica de lo social no es factor menor dentro de nuestra estructura, sino que es un componente esencial de la realidad en la que vivimos y actuamos –ya que el mundo funciona a través de lenguajes y códigos más o menos desarrollados, donde la dimensión simbólica de la existencia se hace patente– entonces entendemos también que el control de los símbolos es una fuente de poder casi ilimitada, más aún porque mientras más tiempo han

³⁰v. MORENO, Hugo César; *Bourdieu, Foucault y el poder*, “Iberoforum”. Vol. I núm. II. 2006, pp. 1-14. [en línea]
<<http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=211015573008>> [consulta: 6 de julio 2011]

estado en una posición de dominio, son más difíciles de desarraigar de nuestras estructuras mentales y disposiciones emocionales.

Gracias a estas relaciones de fuerza ocultas bajo el manto de los símbolos, se imponen también significados legítimos que fortalecen el ejercicio del poder al encubrir el mismo. La fortaleza de éste sistema se basa justamente en la capacidad de los dominadores de “hacer creer” a los dominados que el poder que tienen es no sólo legítimo sino que son los propios dominados quienes lo legitiman y lo paradójico es que es una realidad cuando aceptamos que los actos de obediencia y sumisión no son para nada actos de plena conciencia, sino que están afectados por la violencia simbólica que asentó una estructura que los sujetos ven como natural y que, por tanto, los hace someterse al orden de las cosas como son. Existe una creación de autoridad, la que sólo existe como tal cuando es otorgada por los dominados, es decir cuando la aceptan y por tanto se atan a ella. Así se va formando un poder simbólico, es decir, una verdad para cierto grupo que va siendo el material con que se teje el lazo social³¹.

Boudieu, para explicar este fenómeno de la violencia simbólica se vale del concepto de *habitus*³², que son una serie de disposiciones, un esquema de pensamiento que genera prácticas y mentalidades asociadas. Es el lazo social que nos sujeta y un conjunto de predisposiciones colectivamente heredado que en ámbito de la cultura es el equivalente a la trasmisión del capital genético en la biología, una idea de la que, con ciertos matices, ya habían presentado Jung y Freud con anterioridad cuando hablan de los remanentes arcaicos o formas mentales heredadas, los que explicarían las profundas conexiones entre los conceptos de que trata nuestro seminario, entendiendo que tanto el simbolismo como el poder que éstos representan para quienes los detentan, tienen algo de mundano pero también mucho de extraordinaria profundidad y fuertísima construcción a larga data, que va más allá del razonamiento lógico y cientificista de nuestra época.

El *habitus*, que adquirimos a partir de un proceso de socialización, hace a un conjunto de sujetos los portadores de un conocimiento implícito de las reglas del

³¹ Op. Cit. p. 7.

³² BOURDIEU, Pierre; “*La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*”, Ed. Laia, Barcelona, 1977, p. 73.

juego propias del campo³³ al que pertenecen, y, por sobre todo, de una creencia en tal sistema, según las palabras del propio autor “El *habitus* es ese principio generador y unificador que retraduce las características intrínsecas y relacionales de una posición en un estilo de vida unitario, es decir un conjunto unitario de elección de personas, de bienes y de prácticas”.³⁴

Mientras que Bourdieu dice que el sujeto construye sus *habitus* y ser social en sociedad mediante su reproducción primeramente en la socialización doméstica que marca a los niños con ciertas enseñanzas y disposiciones que luego se ven reforzadas durante sus etapas como estudiante en la escuela³⁵, la última como institución que pretende hacernos parte del juego social que pasaremos a engrosar, por su parte Jung indica que es una construcción que va más allá de nuestra simple existencia, y que está desarrollada en nuestra psique, la que ha evolucionado análogamente a nuestro cuerpo desarrollando una memoria emotiva infinitamente más extensa que nuestra propia mortal existencia y que dentro de nosotros mismos se genera, siendo una herencia innata que se ve reforzada por este tipo de alicientes externos, que juntos y potenciados, dan como fruto al sujeto. Pero finalmente ambos concluyen que estas estructuras cognitivas son formas históricamente constituidas y que, por tanto, pueden ser fuente de estudio.

Los sujetos son en realidad agentes actuantes y conscientes dotados de un sentido práctico, un sistema adquirido de preferencias, de principios de visión y división, de estructuras cognitivas duraderas que son fruto de la incorporación de los valores de su medio y de esquemas de acción que orientan la percepción de la situación generando una respuesta adaptada que es previsible. Ellos tienden a reproducir el orden sin saberlo o quererlo pero es innegable que estas disposiciones sólo pueden llegar a existir gracias a una labor colectiva de construcción teórica y práctica, puesto que la labor simbólica que es necesaria para

³³ Bourdieu se refiere a campo como un espacio en que los agentes ponen en juego un determinado tipo de capital en el que deben aceptar, para participar de él, las reglas que allí se imponen en tanto fuerzas. Por eso, en tanto campo de fuerzas este espacio es a la vez un ámbito de luchas dentro del cual los agentes se enfrentan con medios y fines diferenciados. v. CALDERÓN, Mónica. *Sobre violencia simbólica en Pierre Bourdieu*, “La Trama de la Comunicación”. Vol. 9, Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación. Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario. Rosario. Argentina. UNR Editora. 2004.

³⁴ Bourdieu, Pierre; “*Razones Prácticas. Sobre la Teoría de la acción*”, Ed. Anagrama, 1997. p. 19

³⁵ Haciendo eco de los estudios del sociólogo francés Émile Durkheim.

crear un grupo unido sólo alcanza el éxito cuando los agentes sociales están prestos a reconocerse tanto mutuamente, como parte de la construcción de un mismo proyecto; lo que tal vez fue lo que ocurrió durante el comienzo de la era cristiana cuando los distintos clanes de la región de *Wa*³⁶ se unieron en torno al poderío del clan Yamato, quienes asentaron su éxito en el amparo místico de los *kami*, fundando así una cosmología y una producción simbólica que hasta hoy se conserva viva en la psique colectiva de sus descendientes y que les ha proporcionado una fuerte estructura nacional.

En la psicología el poder significa la habilidad de afectar, cambiar e influir en otras personas. Por tanto, consideraciones tales como el status, la autoridad y el prestigio resultan centrales en el asunto del poder. Y aquí podemos estar seguros de que esta definición no carece de sentido al referirnos a Japón. Como ha expresado *Kurihara Akira*,³⁷ el sistema imperial existe porque se cree en él, y podemos comenzar a entender cómo se va produciendo este proceso si entendemos la eficacia que tienen los símbolos para instalarse en nuestra memoria afectiva e inconsciente, que pasa a instalar una razonabilidad en nuestra consciencia, la que muchas veces ya instalada, no necesita pasar por los filtros de la razón y emerge de forma inconsciente en nuestra mentalidad y accionar. Desde la creación de este símbolo, que en nuestro caso es el emperador, se ha ido complejizando y anclando como una figura arquetípica en la psique japonesa, el que además se ha visto reforzado por la mentalidad propia de este pueblo a través del misticismo del *shintō*, la fuerte carga moralizante del budismo y las otras religiones o corrientes filosóficas incorporadas al sistema religioso y moral en la sociedad japonesa.

A los japoneses no les parece solo innecesario sino que además inapropiado, tratar de romper con las bases jerárquicas en las que todos han logrado hacerse de un lugar en el mundo reconocido y entendido por aquellos quienes son partes del saber social simbolizado que los hace creer en la eficacia de la disposición que han incorporado a través de la labor de socialización y, por tanto, de los lazos de poder que han construido, constituido y anclado como parte de la

³⁶ Nombre dado por las antiguas fuentes chinas al territorio del actual Japón.

³⁷ KURIHARA, Akira. *The emperor system as Japanese national religion: The emperor system module in everyday consciousness*. "Japanese Journal of Religious Studies" Vol. 17. 1990, p. 315.

psique normalizadora pero llena de una cosmología que los diferencia de cualquier otro grupo social. En este caso, las disposiciones adquiridas, se ajustan a esa estructura de dominación gracias a la construcción de una visión de mundo legitimada y sin la cual se sentirían perdidos y presas del caos puesto que en una sociedad vertical, como lo es la japonesa, al estar todos los miembros relacionados con la figura de más alto rango social –que es el *Heika*³⁸– si ésta llega a faltar el resto de los miembros de tal organización no podrán mantener la organización del grupo sin pasar por una fase traumática.

Las relaciones de poder en el ámbito simbólico y cultural representan el poder de construir la realidad, estableciendo un orden que la haga comprensible, dando sentido al mundo. Descansa entonces la forma en que se establecen las relaciones sociales, en el poder simbólico como fuerza estructuradora y a su vez estructurada de la percepción. Como dice Durkheim³⁹, la construcción del sujeto por medio de la metódica socialización que implica un funcionamiento por generaciones, reproducen e imponen ciertas creencias, opiniones, prácticas morales y tradiciones. Todas estas cualidades expresan un *nosotros*, no una personalidad particular, sino a un grupo y su conjunto lo constituye lo social.

En esta medida, es como comenzamos a entender según la lógica que hemos expuesto, que son los propios agentes sociales quienes contribuyen a producir la eficacia de aquello que los determina, en la medida que son ellos quienes estructuran lo que los determina. Aunque Bourdieu propone que es posible actuar sobre el mundo interviniendo sobre la representación que los agentes se hacen del mundo, con ello sugiriéndonos que la lucha política por excelencia se ubica en el nivel de las luchas por la imposición de la visión del mundo. Debemos hacer notar que para los japoneses es virtualmente imposible concebir su mundo (o su campo, utilizando la terminología empleada por este autor), sin su emperador por que la historia de su país y de su cultura está mediada por su imagen simbólica que siempre ha estado presente, con mayor o menor protagonismo, sobreviviendo, como sus tradiciones, al avance del tiempo, que, en su caso, se remontan según las estimaciones a más de dos mil años atrás, tiempo en el que el mito se tornó símbolo de su identidad nacional.

³⁸ El emperador.

³⁹ DURKHEIM, Émile. *Educación y sociología*. Ed. Península, Barcelona, 1996, p. 69.

El poder simbólico es un poder de construcción de la realidad que tiende a establecer un orden de la realidad, ya que como antes aclaramos, los símbolos son los instrumentos por excelencia de la integración y solidaridad social, en cuanto que son instrumentos de conocimiento y comunicación entre los sujetos pertenecientes a un determinado grupo. Es así que la clase dominante, aboca sus luchas a la causa de imponer la legitimidad de su dominación produciendo su propia simbología. Esto fue precisamente lo que el clan *Yamato* se dedicó a construir al establecer su predominio por sobre la influencia de los otros clanes que competían por el asentamiento del poder en los inicios de Japón como unidad. La función ideológica del discurso dominante, medio estructurado y estructurante, tiende a imponer la aprehensión del orden establecido como natural a través de la imposición enmascarada (por tanto, desconocida como tal) de sistemas de clasificación y de estructuras mentales objetivamente ajustadas a las estructuras sociales a las que pertenece.

El poder simbólico es el poder de constituir lo dado por la manifestación, de hacer ver y de hacer creer, de confirmar o de transformar la visión del mundo, por lo tanto el mundo. Es un poder casi mágico que permite obtener una adhesión real y transversal con un efecto duradero y silencioso, el que no puede combatirse con las armas de la conciencia y la voluntad⁴⁰. Al inscribirse en la mentalidad de los sujetos bajo la forma de disposiciones perdurables, teniendo efectos que aunque pueden no ser eternos si son relativamente irreversibles.

Entonces, incluso podríamos decir que bajo esta perspectiva que Bourdieu nos presenta, se instala un punto de vista distinto al del marxismo, en el sentido de que ésta vertiente considera que la sumisión de los sujetos al orden –simbólico-establecido, es la obediencia consciente o mecánica al sistema; mientras que según el sociólogo esta anuencia se entiende por una serie de predisposiciones que están profundamente arraigadas en nuestro pensamiento que se ponen en acción sin pasar por las vías de la conciencia o el cálculo para generar tendencias. Siendo la dominación o violencia simbólica una imposición de cierto orden y ya que Japón está fuertemente mediado por una nutrida producción espiritual, mitológica y simbólica de su realidad y cultura, podríamos preguntarnos si entonces es una casualidad que su sociedad sea tan estructurada, jerarquizada y definida bajo

⁴⁰ BOURDIEU, Pierre. *Meditaciones Pascalianas*. p. 236

ciertos márgenes a la que reconocemos con una propensión hacia la delegación incondicional como nos parece desde la vereda de occidente donde todo es más caótico, tal vez, porque hemos destruido nuestras propias producciones simbólicas, y así, hemos borrado y roto los lazos entrando en una era de desarraigo que nos genera un conflicto no sólo con la realidad confusa que se nos presenta, sino que incluso con nosotros mismos, ya que no nos sentimos parte de un algo superior –una meta, un ideal, una promesa- que nos eleve más allá de las preocupaciones mundanas. El porqué Japón logra conservar estos lazos milenarios, logrando adaptarlos a su moderna realidad actual y el porqué no los ha perdido hace que su estudio tenga más importancia que la simple exposición de una sociedad que se nos hace curiosa y llamativa.

c) La dimensión sagrada de los símbolos

Ya que los símbolos, y el poder que ellos cargan, necesita revestirse de cierto grado de sacralidad para poder trascender, ahora nos dedicaremos a desentrañar el sentido de lo sagrado.

Etimológicamente, el verbo *sacrare* significaba consagrar; lo *sacrum* era para los latinos el objeto del culto. También se ha relacionado el concepto de lo sagrado como algo digno de respeto o de veneración, que ha acompañado al hombre desde las épocas más primitivas, por ello se asocia el origen de su uso a los pueblos prehistóricos indoeuropeos, quienes empleaban la raíz *sak* y su forma sufijada *sak-ro* para nombrar todo aquello que merecía su veneración y era, por tanto, objeto de rituales sagrados.

Según la RAE lo sagrado sería algo “Digno de veneración por su carácter divino o por estar relacionado con la divinidad// Que es objeto de culto por su relación con fuerzas sobrenaturales de carácter apartado o desconocido// Digno de veneración y respeto”⁴¹, mientras tanto Eliade propone algo aún más simple, basándose en la oposición de conceptos cuando nos dice que el hombre entra en conocimiento de lo sagrado porque se manifiesta, porque se muestra como algo

⁴¹ Diccionario de la Lengua Española - Vigésima segunda edición. 2001. [en línea] <http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta?TIPO_BUS=3&LEMA=sagrado> [consulta: 17 de agosto 2011].

diferente por completo de lo profano⁴², asimismo, Caillois es más preciso y a la vez más disperso ya que plantea que lo sagrado puede asentarse en todas partes⁴³ estableciendo como sagrado a una propiedad estable o efímera a ciertas cosas –instrumentos de culto– a ciertos seres –el sacerdote, el rey– a ciertos espacios –templo, iglesia– ciertos tiempos, etc. Entonces podríamos aceptar que lo sagrado es lo extraordinario, una cualidad que traspasa la lógica y afecta el sentimiento humano, que apela a las emociones.

Lo que importa es señalar desde un principio que lo sagrado puede aplicarse al sujeto que lo experimenta, a los actos de este sujeto o a la cosa sagrada o consagrada, los que por alguna relación que se les haya otorgado a lo divino, los vuelve venerables.

Una primera observación que se reconoce en lo sagrado es que está separado de lo cotidiano, que se esconde, que se debe sustraer a la mirada, que es diferente y extraordinario mientras que lo profano es lo que se encuentra en un plano solamente, que carece de una significancia mágica o mística y que por tanto no se destaca ni despierta interés o admiración y que, por tanto, se encuentra fuera del ámbito de lo sagrado. Ahora bien, esta peculiaridad intrínseca, esta reserva, hace todavía más difícil una clarificación exhaustiva del significado de lo sagrado porque es complejo intentar encausar en una definición aquello que tildamos de incalificable.

Para representar cómo lo sagrado se puede manifestar Mircea Eliade se vale del concepto de *hierofanía* que define como el acto de manifestación de lo sagrado en la realidad, que se expresa a través de un soporte material (mundano) que adquiere naturaleza sobrenatural sin dejar de ser lo que es, planteando entonces que la naturaleza es susceptible de revelarse como sacralidad cósmica⁴⁴. Se trata de la revelación de algo completamente diferente, de una realidad que no pertenece a nuestro mundo en objetos que forman parte integrante de nuestro universo natural y profano. Esta manifestación puede darse en algo tan común como una piedra, pero no se trata de venerar una piedra, un espejo o una espada⁴⁵

⁴² Eliade, MIRCEA. Op. Cit. p. 9.

⁴³ v. Caillois, Roger; "El hombre y lo sagrado", Fondo de Cultura Económica, México, 2004.

⁴⁴ Eliade, Mircea. Op. Cit. p. 9

⁴⁵ Estas son las reliquias imperiales que Amaterasu, kami principal de Japón y ancestro de la dinastía imperial le entregó a su nieto, Jinmu Tenno, al momento de hacerlo al mando del

en cuanto tales, sino porque muestran algo que ya no es su sola forma o utilidad material y evidente, sino lo sagrado, un significado oculto. Al manifestar lo sagrado, un objeto cualquiera se convierte en otra cosa sin dejar de ser él mismo.

La noción y la experiencia de lo sagrado va tan unida al horizonte de comprensión religiosa y cultural que una sociedad tiene de sí misma y al contexto histórico con los diferentes reflejos personales y sociales, que querer prescindir de estos lazos para poder aislar un significado unitario de sagrado que no esté sujeto a variables sería imposible. En realidad, como se ha observado, acerca de lo sagrado sería más fácil decir lo que no es que lo que es, porque incluso aunque se le atribuya un factor de excepcionalidad, esta tampoco será por regla extendida a todos los seres humanos, sino que tal como los símbolos, será revelada únicamente a quienes sean capaces de reconocer esa cualidad.

Siempre que algo es sagrado lo que se trata es de encontrar un sentido del universo, al hacer que el caos se convierta en cosmos. Es así como las principales fuentes de sacralidad que son de características casi universales tienen que ver con la creación del mundo, que en el caso japonés también se han dado gracias a la explicación mítica del origen de su mundo por los dioses padres *Izanagi* e *Izanami* los que además de crear el mundo habitable –como lo haría el Dios en siete días según el Génesis– también son los padres de otros *kami*, los que se tornarían en las deidades protectoras de Japón, incluyendo a *Amaterasu* o diosa del sol, quien daría origen a la línea sucesoria del trono imperial del país. Pero sobre esto trataremos en extenso luego, lo importante de destacar es cómo se gesta lo sagrado, que viene a darle sentido al mundo y por sobre todo, darle un sentido de excepcionalidad a nuestra existencia, que como explica Eliade le da al hombre la posibilidad de establecer un centro, un espacio sagrado revelado por los dioses que le da una orientación cosmológica al mundo y a sí mismo en él.

Ya que el hombre moderno ha racionalizado lo sagrado y así, en buena medida, ha perdido el significado profundo de lo que significa la sacralidad, no parecería aventurado decir que ésta pérdida también tiene que ver con la desestimación de los símbolos, ya que sin ellos, que son la llave para acceder a estos conocimientos, ponerse en contacto con lo sacro se torna una tarea

trono del país y que únicamente sus descendientes en el sitio imperial pueden ostentar, siendo sellos de su legitimidad.

prácticamente imposible. Lo Sacro también es aprehendido no desde la razón, sino desde el sentimiento y debido a su calidad de subjetivo, aunque tiene un componente objetivo que es el valor que se le asigna, pues quien siente lo Sagrado lo siente como objetivo, como real, puede variar de una persona a otra, aunque por lo general conserva sus cualidades esenciales para aquellos que le reconocen como sagrado. Por eso, lo Sagrado será todo aquello que sea tremendo, enérgico, misterioso, fascinante; *lo otro*. Así, todo lo que no pertenezca a este orden de cosas será profano.

Lo sagrado vuelve a ser constantemente una interrogante de la conciencia contemporánea, por lo que será interrogando a ésta —que alternativamente habla de secularización, ironiza sobre lo sagrado, proyecta y vive formas de retorno y redescubrimiento de lo sagrado— como se podrá llegar a la experiencia de lo sagrado hoy y a una primera calificación. Si se considera que lo sagrado no es nunca una entidad definida en sí misma, sino una experiencia entre otras experiencias, teniendo en cuenta que influye de alguna manera en la experiencia de lo sagrado, aún así, cualquiera que sea el grado de desacralización del mundo al que haya llegado el hombre que opta por una vida profana, no logra abolir del todo el comportamiento religioso, el que se manifestará, tal como ya lo hemos hablado antes, por medio de sus disposiciones socialmente adquiridas y a las que le es muy difícil escapar, las que se manifiestan incluso de modo inconsciente a través de acciones y esquemas de pensamiento acordes a su proceso de socialización. Si lo sagrado engloba en sí mismo elementos irracionales, todo intento de dar cuenta exhaustivamente de sus manifestaciones y alcances está condenado al fracaso, ya que todo rito, todo mito, toda creencia o figura divina refleja la experiencia de lo sagrado, pero como en nuestro caso sólo nos centraremos en la figura imperial japonesa, esperamos llegar a entender su formación, cualidades y alcances en la mentalidad del pueblo japonés contemporáneo.

CAPÍTULO II

Acercamiento a la Historia del Trono Imperial

La historia del origen imperial en Japón es compleja ya que, sobre todo sus inicios, han sido tradicionalmente ligados a un pasado mitológico y lleno de historias fantásticas que fomentaron a crear una conciencia mítico-espiritual sobre su propio origen y que fue enseñada como tal generación tras generación en una reproducción tanto oral como formal de los hechos, la que incluso llegó a formar parte de los libros de texto de Historia de los estudiantes japoneses. Siendo la Historia una de las principales materias enseñadas en Japón, es curioso hacer notar que sus manuales comenzaron con la siguiente narración, al menos hasta 1945, haciendo emerger a la Diosa del Sol en el más académico de los sentidos:

“Su majestad Imperial tiene por antepasado a la Diosa *Amaterasu*, cuyas virtudes se extienden a lo lejos como los rayos del sol”⁴⁶

Se sabe que la dinastía japonesa es la monarquía hereditaria continuada más antigua del mundo. La Casa Imperial japonesa reconoce la legitimidad de los ciento veinticinco monarcas que se han sucedido, aunque los historiadores tienen muchas reservas sobre la veracidad de los primeros catorce reinados, desde el legendario *Jimmu*⁴⁷ *Tenno* hasta *Chuai*, sí se tienen registros más sólidos desde el quinceavo emperador, *Ojin*, quien reinó desde el 270 hasta el 310 d.C. aproximadamente.

El rol del emperador osciló, hasta mediados del siglo XX, entre una suerte de sumo sacerdote⁴⁸ con grandes poderes simbólicos y un auténtico gobernante imperial. Durante el siglo XIX se encontraría en una atapa de grandes atribuciones políticas, luego de la restauración Meiji que le devolvió sus funciones políticas.

⁴⁶ GOWEN, Herbert. Op. Cit. p. 35.

⁴⁷ *Jimmu* significa “guerrero divino”, lo que concuerda con su tarea como pacificador de las tierras sometidas a los envites del kami desterrado Susa-no-o.

⁴⁸ Ha existido un culto imperial (*Arahitogami*) que considera al *tennō* como sumo sacerdote mediador entre los hombres y la divinidad, debido a sus cercanos lazos con los dioses japoneses (lazos de herencia).

El deseo de quienes fomentaron esta práctica era el de asentar una mentalidad particular entre los ciudadanos, primero para así legitimar la estructura jerárquica de su sociedad, incluyendo el éxito del sistema monárquico que se normalizó según la regla internacional durante la Restauración *Meiji* (1867); y para así continuar con la tradición japonesa ante el peligro que representaba su contacto con occidente, de tener por su suelo natal, sus tradiciones y cultura una pasión de carácter casi religioso.

A continuación pasaremos a relatar en la forma más breve posible los puntos más importantes de la historia de los orígenes mitológicos e históricos del emperador de Japón, que, aunque se mezclan a menudo pueden llegar a resultar legibles por separado.

a) Origen Mitológico

La historia del Japón comienza, según sus autoridades con la ascensión al trono del primer emperador, que definieron como el 11 de febrero del 600 antes de Cristo⁴⁹. Estos registros, hay que explicar, se tomaron mucho tiempo después, cuando según las investigaciones se logró establecer el trono del clan *Yamato*, cuando se instauró una corte y fue necesario el reordenamiento la estructura político-social que se había llevado hasta entonces, para lo que se hizo uso de la antigua cultura religiosa japonesa, el *Shintō*, alrededor del siglo VII d.C., y que coincidió con la llegada de los eruditos budistas a la región. En este tiempo se comenzaron a publicar obras como el *Tenno-ki* (Anales de los Emperadores); el *Ko-ki* (Anales del País) y el *Hon-gi* (Anales originales del Pueblo Libre).

Sería el emperador *Temmu* (673-686), quien realizó un encomiable esfuerzo por reconstruir la historia, o por tener una historia nacional. Pero sería hasta el siglo VIII cuando un miembro de la casa imperial, *Hiyeda-no-Are*, utilizando sus propios recuerdos tanto de lo vivido como de las viejas leyendas y cultura oral de la que era conocedor, creó las ahora dos obras clásicas del antiguo Japón: el *Kojiki* (Recuerdos de los antiguos tiempos), compuesto en 712 bajo el reinado de la

⁴⁹ Es probable que la fecha japonesa haya sido acordada haciendo preceder la fecha de 600 d.C., época en que fue inaugurado el uso del calendario chino, el que cuenta con grandes ciclos de 1260 años, haciendo coincidir los principios de los anales nacionales con la duración de un gran ciclo.

emperatriz *Gemmyo* (707-715) y el *Nihongi* (Anales del Japón) en el año 720. En estos se hace un relato que va desde lo que se puede llamar mítico, que comprende los actos de los dioses, hasta lo legendario, por el relato de las hazañas de los primeros héroes y heroínas, en el que por supuesto, la familia dinástica tiene un rol de importancia y por el que se asienta su pasado glorioso y sagrado. La edad de los *kami*⁵⁰ es como se denomina a los inicios de la cosmología japonesa. Los padres creadores, quienes representan al cielo y a la tierra, respectivamente, son *Izanagi* e *Izanami*. El primero, con las gotas que caían desde su lanza al mar, dio origen a la serie de islas que componen el archipiélago nipón, fijando a la vez el Puente Flotante que le permitía a los creadores descender desde el cielo, por el que descendió *Susa-no-o* tras ser desterrado de las alturas por haber insultado a la diosa del sol y posteriormente el mismísimo nieto de *Amaterasu*, el divino *Ninigi*, primer bastión de la futura dinastía imperial.

Tras una serie de enfrentamientos entre dos de los hijos de los kami principales, *Susa-no-o*, dios de la tempestad y *Amaterasu*, la sexta generación descendiente del primero fue obligado a abdicar bajo la presión de otros *kami* que veían con hostilidad su volátil temperamento. Entonces es que *Ninigi-no-Mikoto*, o Príncipe de la abundancia de Arroz, fue enviado desde el cielo para sumir el gobierno de Japón. A él le acompañaron muchos otros dioses los cuales son los divinos antepasados de los hombres. Con ellos trajeron los tres tesoros sagrados que se tornarían las insignias reales: la espada, el espejo y la piedra. Cuenta la tradición que desde el año 690, se presentaban estos objetos al emperador por un grupo de sacerdotes *shintō*, como parte de la ceremonia de coronación. Esta ceremonia no es pública y debido a esto las reliquias son sólo vistas por el emperador y algunos sacerdotes, reservándose entonces el privilegio de estar en presencia de los tesoros que antes estuvieron en posición de los máximos *kami*.

La espada sería un símbolo de victoria entregado a *Ninigi* sobre la sumisión del descendiente de *Susa-no-o*, la que el *kami*, según relata el *Kojiki*, habría obtenido tras un enfrentamiento a muerte con el Dragón de *Kosi*, una gran serpiente de ocho cabezas, en una leyenda que puede ser equivalente a la de Perseo y Andrómeda en la cultura latina. Entre una de las colas de la bestia, el divino héroe habría encontrado la espada de doble filo que luego sería conocida con el nombre

⁵⁰ Literalmente *Kami* significa “lo que está arriba”. Se aplica a los dioses e implica la atribución de una calidad divina.

de *Kusanagi* (cortadora de hierbas).⁵¹ Esta arma, al contrario de la Excalibur de occidente, sería netamente ceremonial, ya que el emperador muy pronto se remitió a tareas que nada tenían que ver con la milicia. Aunque es un símbolo del valor de sus antepasados⁵².

Por su parte el espejo, *Yata-no-Kagami*,⁵³ representa la sabiduría y honestidad. Según cuenta su propia leyenda, *Susa-no-o* habría profanado el jardín de la diosa del sol, quien al sentirse ultrajada por la descortesía de su hermano, se habría refugiado en una cueva negándose a salir y cegando la luz del mundo. La totalidad de los *kami*, los 800, se reunieron y utilizaron un espejo de ocho mangos colgado en el árbol sagrado *sakaki*, para luego realizar una serie de danzas y actos para incitar a la diosa a abandonar su reclusión, consiguiendo finalmente su cometido y así salvando la vida en la tierra. Ya que la propia diosa se asustó de su imagen al observarse reflejada, el espejo al cual el emperador dirige sus rezos cada tanto, le mostraría su propio reflejo obligándole a reflexionar al tiempo que renueva su misión de pacificar el país frente a quien le encomendó tal misión, puesto que se cree que el espíritu de la diosa reside en el espejo, lo que a su vez, es una muestra de modestia, además cuando un emperador fallece, el espejo no es llevado hasta el nuevo emperador, éste permanece siempre en el más sagrado templo de Japón. Cuenta el *Kojiki* que la diosa le habría recomendado a su nieto especialmente el conservar el sagrado espejo, advirtiéndole que cuando lo mirase, sería como si la viese a ella, el espejo a la vez que conexión con ese mundo sagrado y espiritual sería un recordatorio de su propia divinidad y del rol que debía desempeñar.

⁵¹ Cuyo nombre real es *Ame no Murakumo no Tsurugi* (Espada del cielo de las nubes en racimo) la que según se ha dado a conocer, aún se conserva en el santuario de *Atsuta*, cerca de *Nagoya*. El particular nombre otorgado a esta reliquia tuvo su origen al ser utilizada por uno de los guerreros más recordados y admirados de la historia japonesa, *Yamato Daké*, quien perteneciente a la familia imperial se entregó a la tarea de pacificar el país y expulsar a los extranjeros ainos y en una batalla, cuando se vio enfrentado al fuego, utilizó el mágico filo de la espada para evitar que éste propagase a su alrededor para después dominar el viento y redirigir las llamas hacia sus adversarios consiguiendo el triunfo.

⁵² La violencia y las operaciones militares han sido considerados incompatibles con el papel del *tennō* al menos durante 14 siglos: por ello los monarcas japoneses no han actuado como comandantes militares, al contrario de lo habitual en Occidente. La principal función del emperador durante la mayor parte de los últimos mil años habitualmente ha sido la de simplemente autorizar u otorgar legitimidad a aquellos situados en el poder.

⁵³ Se dice que esta resguardado en el Santuario de *Ise*, en la Prefectura de *Mie*, Japón, este es el templo más importante de la religión ancestral japonesa, el *Shintō*, ya que en él se ha depositado quizás la reliquia más importante de las tres. Se cree que *Ise* conserva el "cuerpo divino" de *Amaterasu*, es decir el objeto donde su alma habita, que es precisamente el espejo, por ello, únicamente el verdadero emperador puede poner sus ojos en él.

Asimismo, la piedra sagrada que es una joya semi-preciosa⁵⁴ o collar de joyas, llamada *Yasakani-no-magatama*, representa la benevolencia, tercera de las grandes virtudes japonesas, la que recuerda al emperador su condición humana y la conexión que debe tener tanto con su tierra como con sus súbditos, para ser capaz de conservar la humildad necesaria para hacer sacrificios y aceptar las responsabilidades propias de su función.

Si el emperador no cuenta con sus tres símbolos de poder que autentifican tanto su ascendencia como sus cualidades que lo llevaron a ser escogido sucesor del trono, entonces la historia no reconoce su legitimidad ni tampoco lo hace su pueblo, ya que no cuenta con la protección y bendición de la diosa *Amaterasu*, es más en la ceremonia de ascensión al trono, el príncipe heredero debe realizar una serie de ritos sin lo que no puede ser nombrado emperador y en el que las divinidades se expresan a favor o en contra de la elección del sucesor, ahí el príncipe debe jurar obediencia ante las dos reliquias sagradas que se le presentan –la espada y la piedra–, comulgando después con los dioses por medio de tres tazas de arroz, cuatro copas de sake blanco y cuatro copas de sake negro.

Dice Gowen que una máxima para los japoneses es que así como no hay dos soles en el cielo, en la tierra no hay sino un emperador⁵⁵. Las reliquias imperiales, al ser presentadas únicamente al legítimo heredero sirvieron durante el *shogunato Ashikaga*, cuando se establecieron dos cortes en el país a causa de la huida del legítimo emperador *Go Daigo* desde *Kioto* a *Yoshino* en el sur del país para escapar del ataque del poderoso clan *Ashikaga*, quien una vez tomada la capital⁵⁶, sentaron al trono a *Kogon* un miembro de la rama dinástica que se prestó a tal tarea. Pero dado a que *Go Daigo* al huir del palacio lo hizo con las tres reliquias, ni *Kogon* ni sus próximos cuatro descendientes fueron considerados ni por la historia ni por la memoria de su pueblo como verdaderos emperadores, tendrían que pasar unos 50 años para que tras la llamada “Guerra de los Crisantemos”, en el que se enfrentaron diversos clanes en apoyo a los *Ashikaga* o a la dinastía del sur,

⁵⁴ Se cree que es de cuarzo, jaspe o jade y que tiene forma de coma.

⁵⁵ GOWEN, Herbert. Op. Cit. p. 145

⁵⁶ La que desde 794 d.C. sería Kioto, pero que inicialmente se encontraba en la localidad de Nara. Kioto sería la primera gran capital del imperio, en donde el *Shogunato Kamakura* se estableció en 1336. La actual capital Tokio, se asentó como tal en 1603 con la llegada al poder de los *Tokugawa*. En tanto, la residencia del emperador japonés es el Palacio de *Kōkyō*, localizado en el centro de Tokio, que desde mediados del siglo XIX es la residencia oficial del Emperador.

para que tras la imposición militar de los segundos, *Go Kameyana* (descendiente de *Go Daigo* en el trono del sur), fuese visto presionado a asistir a *Kioto* a hacer entrega de las reliquias a *Go Komatsu*, quien tras recibir las insignias de poder que investían su cargo fue reconocido como legítimo sucesor del trono.

Volviendo a la historia primigenia japonesa, podemos decir que según su propia concepción, comienza como tal, con el advenimiento de su primer emperador, el célebre *Jimmu Tenno*⁵⁷, quien en vida ostentaba el nombre de *Iwaré*. Hay que hacer notar que existe una diferenciación entre él y sus ancestros, porque mientras *Ninigi* fue enviado a pacificar la región y como tal, es recordado como un rey guerrero y valeroso, *Jimmu Tenno* es quien le confiere unidad a Japón y por ello es reconocido como el primer gran emperador y con quien se comienza la larga lista imperial japonesa. Pero hay que destacar que ya mencionamos que estos primeros siglos de historia son muy difusos están extremadamente teñidos de un componente religioso y fantástico, que se extiende a los primeros catorce emperadores, los que reinaban y vivían mucho más de lo que un hombre normal pudiese hacerlo, la prueba es que se le atribuye al reinado de Llama Declinante una duración de 580 años, mientras que la duración media de sus sucesores más próximos es de 109 años.

La descendencia imperial, ofrece un ejemplo único de una continuidad ininterrumpida, que justifica el sentimiento de orgullo que se expresaba en el artículo primero de la Constitución japonesa de 1889, en plena era *Meiji*, la que expresaba que “El Imperio de Japón será gobernado por emperadores pertenecientes a la dinastía que ha reinado, en línea ininterrumpida, en el curso de los siglos pasados”⁵⁸, la que se vería modificada tras la Segunda Guerra Mundial, cambiando el estatus sagrado del emperador así como el hecho de ostentar su trono por el sólo derecho de sucesión para venir a ser, ahora, una atribución que el pueblo le confiere.

⁵⁷ El primer enviado *Ninigi-no-Mikoto*, tuvo tres hijos, los príncipes Llama Brillante, Llama Apogeo y Llama Declinante, el último, quien tras unirse con la hija del rey del mar, *Rica Gema*, logró pacificar en algo la furia marina, fue el abuelo del póstumamente renombrado *Jimmu Tenno*.

⁵⁸ GOWEN, Herbert. Op. Cit. p. 42.

b) Origen Histórico

A diferencia de lo que se expresa tanto de el *Hihon Shoki* y el *Kojiki*, que relatan que la unidad de la nación se produce con la conquista del nuevo emperador *Jimmu* en el siglo VII a.C., lo cierto es que parece más certero que esta victoria se efectuase a fines del siglo III d.C, con el establecimiento del primer Estado japonés, el Estado *Yamato*. Según fuentes chinas⁵⁹ del s. I a.C., está escrito que la tierra de los “*Wajin*” (los japoneses), estaba dividida en más de un centenar de reinos, mientras que más adelante⁶⁰ se señala que los mismos han llegado a unirse en torno a treinta clanes los que lucharon por largo tiempo hasta convertirse en un solo reino llamado *Yamatai* (que comprendía sólo una parte de lo que ahora llamamos Japón), el reino que eventualmente dominó a los otros, el reino de *Yamato*, en gran medida extendió su poder a su vez cerca del siglo IV hasta mediados del siglo VI y logró la unificación de todo el país. Si *Yamatai* y *Yamato* fueron uno y el mismo no está claro. Es claro, sin embargo, que *Yamato* fue la base para los antepasados del emperador actual.

Si nos damos a la tarea de intentar extraer la realidad desde el mito fundacional del país, resultará muy interesante entender que en tiempos primigenios cada uno de los clanes se identificaba con algún espíritu protector, el que venía a hacer las veces de una suerte de tótem, que tendría que ver con una especie de apadrinamiento hacia la tribu en cuestión. El *kami* de cada clan unía a la comunidad con su tierra, su entorno y nación puesto que la base del *shintō* es la tríada *kami-hombre-naturaleza*, las que deben convivir en armonía y unidad para existir.

Como dice el mito la principal rivalidad entre los *kami*, se daba entre la divina *Amaterasu* y el conflictivo *Susa-no-o*. Las cualidades de ambos dioses, por supuesto tienen que ver con el plantar la idea en la mentalidad del pueblo, de la superioridad de un *kami* sobre el otro y de enzarzar sus cualidades positivas por el contraste. La localidad de *Izumo* era al parecer el principal escollo que el ya entonces poderoso, clan *Yamato* debía sortear para entronarse como líderes, el espíritu protector de dicho clan era precisamente el *kami* de la tempestad. Cuando los gobernantes de *Izumo* fueron derrotados por los *Yamato*, se explica el porqué

⁵⁹ En el “*Han Shu*” (Historia de la dinastía Han)

⁶⁰ En el “*Wei Chih*” (Historia del reino de Wei), escrito durante la primera mitad del siglo III d.C.

las primeras leyendas hablan de una derrota de *susa-no-o* al ser expulsado de las alturas y condenado a permanecer en la tierra, para que luego su descendencia fuese derrotada ante la labor “pacificadora” de los enviados de la diosa del sol. Si sabemos que la historia está narrada por quienes detentan el poder, no sería extraño imaginar que los escritos de *Hiyeda-no-Are* que componen los primeros relatos históricos del Japón sean el relato simbólico de una lucha real entre estos dos clanes en conflicto por la supremacía.

Mori Kōichi hace hincapié en que en un principio la unificación habría sido dada por el poder sagrado de una médium chamánica llamada *Himiko* (o *Pimiko*), hermana mayor de quien estaba a la cabeza del gobierno administrativo, político y militar.⁶¹ El que haya sido entonces una figura femenina de atribuciones mágicas y mayor que quien ejercía las funciones mundanas asociadas a un gobierno, puede explicar el porqué *Amaterasu* es la *kami* más importante del país, y en ello vamos encontrando un sentido histórico real a la leyenda. La diosa del sol es también una mujer que protege con su poder místico y le entrega a un miembro de su familia (en el mito, su nieto) el control de una tierra de la ella es protectora.

Este mismo autor referencia que en siglo VII (durante la dinastía *Sui*), en una entrevista realizada por el emperador de China a embajadores japoneses, estos habrían hecho ver que “...el rey de *Wa* –Japón– considera al cielo su hermano mayor y al sol su hermano menor. Se levanta antes del amanecer y realiza su *rnatsurigoto* u obligaciones político-religiosas. Después de la salida del sol, se detiene y encomienda sus responsabilidades a su hermano, el sol”.⁶² Ésta descripción es una reminiscencia que describe al emperador como sujeto a numerosos tabúes y con la obligación de realizar muchos rituales por el bienestar de su pueblo. Por tanto ya se podría decir que en un inicio el emperador ejercía un poder político y militar, pero que con el asentamiento de su éxito y la necesidad de dar un sentido legítimo y sacro al ordenamiento y jerarquía impuesta tras el éxito unificador del clan *Yamato*, el emperador sería distinguido él mismo con cualidades excepcionales gracias a una divinización de su origen, que justificaba sus logros y posición , así como las antiguas tribus, se unificó en un sólo centro las cualidades

⁶¹ MORI, Kōichi; *The Emperor of Japan: A historical study in religious symbolism*. Japanese Journal of Religious Studies”, 1979. p. 523 [en línea] <http://nirc.nanzan-u.ac.jp/publications/jjrs/pdf/109.pdf> [consulta:14 de junio 2011].

⁶² Op. Cit., p. 525.

chamánicas y gubernamentales y el emperador pasó a ser un sujeto envuelto en numerosos tabúes y con obligaciones más allá de las político-administrativas, asumiendo también características místicas y una autoridad religiosa. Que a la vez de conferirle una autoridad incuestionada por la sacralidad de su fundamento, estaba ligada a ciertas obligaciones religiosas, como un sumo sacerdote encargado de velar por la seguridad y el bienestar nacional gracias a su conexión con los *kami*.

Considerando lo anterior, es que podemos comenzar a entender cómo fueron desarrollándose los procesos de legitimización sacro-simbólica hasta dar con la figura del *tenno* como descendiente del enviado de la diosa del sol, porque el emperador no sólo tenía asegurada su posición a causa de que hubiese ganado tal o cual batalla, ni por su poderío económico o su carisma, sino que estaba en tal posición porque había sido elegido por las deidades sagradas de su cosmología para estar ahí y esa posición otorgada por la divinidad no podía ser alterada por los hombres que en especial en Japón, tierra en la que se sufre con especial fragor la acción de la naturaleza y rigor geográfico⁶³, cada cerezo en flor es un milagro de vida. A lo anterior podríamos añadir el hecho de que en un país en el que la cosecha era tan importante y las condiciones ambientales tan volubles, es que el sol toma tanta relevancia no sólo en lo simbólico sino en lo práctico puesto que de él las buenas cosechas dependen, era de lo más importante de la naturaleza. Por ello, es que su figura toma tanta relevancia, siendo finalmente éste el astro que ampara la figura imperial y en el que se asentó la autoridad religiosa del emperador como el único que podía controlarlo. Cuando la técnica del cultivo del arroz a través del riego se aprobó dio lugar a muchos rituales agrícolas que tienen que ver con él y el emperador consolidó su autoridad religiosa haciéndose el sumo sacerdote del *shintoiísmo*, y encargado de realizar los ritos y oraciones.

Si mantenemos en perspectiva los aportes de Freud y Jung y aceptamos que la psique es el lugar en que formas de pensamiento, gestos entendidos universalmente y muchas actitudes siguen un modelo que se estableció mucho antes que el hombre desarrollara una conciencia reflexiva podremos entender que la mente se ha desarrollado hasta su estado actual de conciencia durante muchísimo tiempo y continúa en este proceso. Por tanto, el proceso de divinización

⁶³ El suelo japonés no es cultivable sino en la proporción del 17%, el resto, o sea el 83%, está cubierto de montañas, ríos, bosques, lagos y espacios áridos, produciendo que los recursos de que el Japón dispone sean inferiores a sus necesidades.

del emperador representó un fuerte impacto en el imaginario de su pueblo, plantando esta idea de que la historia de su patria, la estabilidad y sobrevivencia de la misma, está directamente relacionada a la supervivencia de la figura sacralizada del emperador.

Concibiéndolo así es que debiésemos aceptar que “estamos impulsados por fuerzas internas y a la vez externas”⁶⁴, los que Jung también califica de “símbolos naturales” y “símbolos culturales” que tras pasar por muchas transformaciones, dado el dinamismo del ser humano, se convierten en imágenes colectivas aceptadas por las sociedades civilizadas y que son integrantes de importancia de nuestra constitución mental a la vez que fuerzas vitales en la formación de la sociedad humana, imposibles de desarraigarse sin una grave pérdida.

La imagen mental que el asentamiento de esta revisión histórica mezclada con elementos mitológicos y actos simbólicos revestidos de sacralidad pudo establecer en el espíritu del hombre profundamente religioso, que es el japonés medio, con su culto por los antepasados y su fascinación por la naturaleza que expresa el poder e influencia de los *kami*, fue tremendamente potente, inscribiéndose como una disposición adquirida virtualmente inextirpable de la mentalidad japonesa. A continuación pasamos a relatar de una forma muy acotada, una idea de cómo es que se fue relacionando el emperador con el trono del país y cómo fue variando su poder y posición en el gobierno.

Ya hemos señalado que el rol político del emperador ha ido cambiando a lo largo de los más de dos mil años de historia japonesa. Como sabemos la línea imperial desciende del clan *Yamato*, los que según explica Gowen llegaron al archipiélago por Corea, estableciéndose en la parte occidental de la isla principal. Según se representa en el *Kojiki*, *Amaterasu* le habría enseñado a *Iwaré* que debía combatir en la dirección de la marcha del sol, que lo conduciría al reino que debía ganar. Por tanto, efectivamente se acepta que los antepasados del emperador son de origen foráneo, tanto sea mitológico como acepta el *kojiki*, o geográfico como consigna históricamente. Las gentes contra las que tuvieron que luchar para hacerse del dominio probablemente serían la raza más antigua que ha habitado Japón, los Ainos, que hoy en día y de manera muy reducida, están confinados a la parte norte del archipiélago.

⁶⁴ JUNG, Carl; Op. Cit. p. 79.

En primera instancia el emperador fue un líder entre los jefes de clanes, o comunidades de linajes llamados *Uji*, cada uno de los cuales abarcaba una determinada extensión de tierra y cuya cohesión interna descansaba en el culto a unos mismos antepasados y a la protección de poderes superiores o dioses de la naturaleza. El líder *Yamato* que se tenía por descendiente de la diosa del sol alcanzó la mayor notoriedad debido a sus victorias, por lo que aumentó su poderío y la admiración y sometimiento de otros *ujis*, con lo que pudo establecerse lo tomase por jefe y así, poco a poco desarrollar la creencia de sus cualidades excepcionales y sagradas que ameritaban una adhesión y obediencia generales.

Sin embargo, sería con la Gran Reforma *Taikwa* de 645 d.C, cuando se instituyó firmemente la posición imperial por sobre cualquier otro líder⁶⁵, estableciendo entre otras cosas un sistema de impuestos a nivel nacional con lo que se le daba una verdadera unidad político-económica a la nación. Más adelante, el Código *Tai-ho* reforzaría estas disposiciones fortaleciendo el principio de que todos los súbditos, sin distinción de rango ni de origen, tenían los mismos deberes para con el Estado ya constituido que se basaba en un sistema nacional patriarcal y en el que el culto a los antepasados era el atributo más importante del gobierno. Lo último siendo una prioridad básica si pensamos que la fundamentación de todo el sistema dinástico se basaba en la ascendencia de los gobernantes. Es por las reformas antes expuestas que cuando siglos después asciende al trono *Meiji Tenno* y el poder del emperador se ve reforzado como primera cabeza del estado con atribuciones e influencia restablecida, se le llama precisamente así, una restauración de la autoridad imperial. Entre el tiempo que pasó en el intertanto de estos dos hechos es que las formas de gobierno y las atribuciones del emperador fueron variando. Al comenzar el período *Kamakura* es que los emperadores se van desligando de sus funciones gubernativas a favor de sus asesores y capitanes militares, concentrándose en la vida de la corte y sus irrenunciables e intransferibles labores espirituales, que siguió desempeñando como lo exigía la creencia que sustentaba su posición.

⁶⁵ “El soberano *Yamato* ha cesado de ser únicamente el jefe del principal clan japonés, no ejerciendo con ello sino débil control sobre los jefes de los otros grandes clanes y ninguno sobre los clanes dependientes de éstos. Se ha convertido en el emperador de Japón, en el verdadero sentido de la palabra.” v. Gowen, Herbert; “Historia del Japón, desde sus orígenes hasta nuestros días”, Ed. Ercilla, Santiago, 1942. p. 80.

Con el nacimiento de la especialización militar comenzaría a surgir una cultura militar cuya máxima expresión sería la concepción del *bushido*, el camino del guerrero que incluía una mentalidad, ritos, moral y filosofía determinada y que se tornaría en un ideal de honor para la sociedad japonesa. En ese ambiente es que el militar de más alto, el *shogun*⁶⁶ comienza a hacerse cargo de la gobernación del reino y en esa medida se origina el sistema de gobierno dualista que se mantendría hasta 1867. El cargo de *shogun* también se volvió un título heredable que debía ser ratificado por el emperador en sendas ceremonias de legitimación de su autoridad, la que se veía amparada por la figura sagrada y mística en la que ya había convertido el emperador al vivir en una suerte de confinamiento en su modesta casa imperial con una corte limitada y lejos de los lujos que ostentaban y alardeaban los *shogunes*. A pesar de lo que la actitud del *shogun* para con el emperador era la de una sumisión plena de reverencia, al mismo tiempo que la de un recelo latente, dado que al ser emperador el símbolo de la nación en cualquier momento podía convocar a su causa a otros señores guerreros. Al ser un emblema espiritual y dado el lazo emotivo y cultural del pueblo con su linaje mítico, era un posible enemigo al que debía mantener controlado, razón por la cual redujo sus posibilidades de comunicación y autoridad a lo mínimo posible⁶⁷.

El cargo de jefe militar fue ostentado desde los primeros grandes *shogunes* *Minamoto* (1186-1219) y *Fujiwara* (1220-1334), que aunque poderosos sólo fueron un anticipo a la envergadura que llegarían a tener los períodos *Ashikaga* (1334-1573) y posteriormente a una lucha por el poder, los *Tokukawa* (1603-1867). Éstos últimos, serían los últimos *shogunes*, quienes al igual que el emperador, tras conservar el cargo por demasiadas generaciones, comenzaron a delegar su autoridad en sus asesores de estado que como regentes acumularon demasiado poder, en esos momentos existían, por tanto, tres autoridades distintas con la presión de que Japón estaba siendo penetrado por las inciertas pretensiones

⁶⁶ Que significa algo así como “generalísimo” y que fue usado con mucha anterioridad a la llegada al poder de éstos. Muchos emperadores habían concedido antes ese título a militares distinguidos que prestaran servicios excepcionales al imperio.

⁶⁷ El emperador estaba sujeto a estrictos límites de acción, como la prohibición hecha a su persona de ir en peregrinación a los santuarios nacionales, hecho por que le confino a su palacio de *Kioto*, a la vez que el edicto que prohibía los matrimonios entre miembros de las familias de la corte y familias feudales, contribuyó a aislarlo cada vez más, al tiempo que le impedía generar relaciones con posibles aliados.

estadounidenses, quienes los obligaron a abrir sus puertos a punta de amenazas con sus modernas armas de fuego.⁶⁸

El que los jefes militares y políticos no hubiesen sido capaces de defender las fronteras del país y como señala Tramón, que es en éste período en que Japón verá empequeñecerse la grandeza del orgullo militar propio (*bushi*) sucumbir ante una cultura distinta⁶⁹ y cuando comenzarían a surgir los primeros movimientos en busca de restituir al emperador en su cargo. Al verse amenazados por estas fuerzas extranjeras era normal que, dado a que la línea dinástica y su honor no habían sido destruidos, era necesario volverlos a situar en el centro del imaginario colectivo, por eso es que surgió un movimiento intelectual conocido con el nombre de *Wa-gaku-sha* (escuela japonesa), al que nos referiremos en extenso luego, pero que principalmente promovía un sentimiento de entusiasta lealtad para con el emperador y cuanto se relacionara con la corte de Kioto, revitalizando el mito del origen divino del emperador y su total derecho sagrado al trono del país. Si pensamos que el antiguo régimen ya estaba desgastado y que según sus leyendas había sido el emperador quien los había librado del caos reinante y había logrado la tarea de unificar los Uji para luego hacer posible el desarrollo nacional, no es de extrañar que en este nuevo momento de peligro para el país, al primero a quien recurriesen fuese al emperador.

Así tras la muerte del emperador *Komei* en 1867, le sucedió el joven *Mutsuhito*, quien estaba destinado a convertirse en *Meiji Tenno*, el encargado de devolverle la dignidad ancestral a su dinastía. Los señores feudales tenían la convicción que la manera de salir de las complicaciones políticas era con la restitución imperial y quitar el control estatal de las manos de la antigua clase militar. El último *shogun Tokugawa keiki*, comprendiendo que su posición ya no era respaldada ni por la clase noble de los señores feudales, los intelectuales o la propia ciudadanía, que a la inestable situación política, le añadían la creencia que la serie de catástrofes naturales que el país venía sufriendo en los últimos años

⁶⁸ En 1868 llega a las costas japonesas la flota del Comodoro Perry, quien tras ser rechazado en primera instancia (como todos los extranjeros que habían llegado, con la sola excepción de los holandeses quienes comerciaban con los nipones en un puerto únicamente), efectuó un bombardeo de aviso para que el *shogun* aceptase admitir su desembarco y discutiesen los términos de un acuerdo comercial que se concretaría el 29 de julio de 1858.

⁶⁹ TRAMÓN, Jaime. Op. Cit. p. 80.

también se debía a la ira de los *kami* por el trato al emperador⁷⁰, aceptó que dada la insatisfactoria situación en la que se hallaba el país cuando las relaciones con el extranjero aumentaban en extensión e intensidad, era necesario que el gobierno fuese dirigido por una sola autoridad central para que los cimientos del Estado no se viesan debilitados y poder solventar las influencias de occidente con solvencia y energía. Por tanto, el 12 de noviembre de 1867 el *shogun* devolvió al emperador las riendas de la nación, con lo que comenzó el periodo *Meiji*.

El nuevo gobierno fue organizado con el joven emperador a la cabeza, secundado por un gabinete y un colegio de consejeros, el 17 de abril de 1868 fue promulgada la nueva carta constituyente, de acuerdo a la regla internacional y como *Tokio* se había erigido ya como el centro administrativo del país, el emperador transfirió su residencia hasta el palacio de *Yedo*⁷¹, como símbolo también de que relevaba de sus funciones al *shogun* y se restablecía como jefe supremo de la nación. Dado a que el contacto con occidente ya estaba hecho e iba contra la moral japonesa romper un acuerdo de tal categoría, además de que vieron la posibilidad de aprender y adaptar mucha tecnología que serviría al desarrollo del país, la revolución industrial –por decirlo de alguna manera– llegó a Japón con la construcción de líneas ferroviarias que vino a unificar el territorio tan accidentado de su geografía, se instalaron tendidos eléctricos y telegráficos, y comenzaron a desarrollar una industria moderna.

Con la victoria sobre China en 1895 y luego su inesperada y brillante victoria sobre la potencia rusa en 1905, se instalaron en una posición de privilegio y admiración ante el mundo porque en poco más de veinte años habían llevado a cabo la modernización más admirable que el mundo hubiese visto hasta entonces. La capacidad de los japoneses para maximizar sus recursos y las estrategias que llevaron a cabo para implementar la tecnología sacándole el máximo producto posible sólo responde a la capacidad de un pueblo que siempre se vio en la necesidad de sacar el máximo rendimiento permitido de cada uno de sus bienes y

⁷⁰ Por ejemplo en 1836 hubo hambre y empobrecimiento general en el imperio. Algunos patriotas desesperados por la situación organizaron revueltas contra el shogun declarando que la mayoría de los males de que sufría el país eran debidos a la manera injusta con que se trataba al emperador.

⁷¹ *Yedo* había sido el nombre de la capital de los shogunes, pero este nombre fue reemplazado cuando el emperador tomó posición en la ciudad, pasando a llamarse *Tokio* o “capital del Este”.

capacidades. Gracias al contacto con occidente también se comenzó a forjar un incipiente deseo de importar el sistema democrático de gobierno en el que la totalidad de los ciudadanos pudiesen participar, aunque sin la pretensión mayoritaria de alejar al emperador de su posición como jefe de Estado, de hecho, cuando en 1924 el príncipe heredero *Hiroito* anunció su boda con la princesa *Nagako Kuni*, el pueblo lo celebró honestamente y, cuando dos años después, el emperador *Yoshihito* (sucesor de *Meiji*) falleció hubo seis días de verdadero duelo nacional, en el que se realizaron multitudinarias peregrinaciones a los templos para orar por el alma del fallecido *tenno*.

Hiroito era un hombre muy preparado para asumir su cargo, habiendo sido el primer miembro de la casa imperial en viajar por Europa y dominando el inglés y francés, además de sus conocimientos en ciencias políticas e históricas lo que lo situaba en una situación de virtual igualdad ante otros mandatarios. Paseaba frecuentemente entre el pueblo sin grandes complicaciones, por lo que logró acercar en gran medida su imagen a la ciudadanía y la de toda la casa imperial, ya no siendo la figura sacro-santa a la cual era imposible aproximarse sino a través de un biombo previa cita y sin perder su significancia se permitió entrar en contacto con las cosas y personas de las que hasta ahora su familia había estado distanciada, visitó varias veces las zonas rurales y en su primer rescripto imperial conminó al gobierno a no limitarse a imitar las tendencias extranjeras sino a practicar la originalidad en los métodos y reformas. Más adelante entenderemos que esta actitud del emperador en el futuro cercano le sería vital para la continuidad de su descendencia.

La preparación de *Hiroito*, responde al progreso japonés, como siempre en la figura imperial reside un componente casi radiográfico del país. Japón hubo de aprender a hacer la guerra de la forma occidental, aprendiendo de su experiencia con Rusia por sobretodo, en ese tiempo viéndose obligados a desarrollar poderío militar y ponerse al nivel internacional para escapar del terrible y devastador colonialismo que las naciones europeas y Estados Unidos habían impuesto en oriente. China, un país con el que Japón en mayor o menor medida había compartido y aprendido de su desarrollo y esplendor como civilización también milenaria, había sido desmembrada y su población se encontró sometida a intereses extranjeros que únicamente deseaban usufructuar de sus recursos.

Asimismo, Japón tuvo que ponerse al corriente de los métodos occidentales de diplomacia y su capacidad de adaptación y aprovechamiento de todo ello que les ofreciese algún beneficio los hizo conquistar un sitio en la mesa política internacional. De ésta forma, el emperador se encontró como uno de los grandes líderes políticos del mundo, pasando a la vanguardia internacional luego de sólo un par de décadas de haber sido restituido en su cargo administrativo.

Pero sería esta misma admiración y orgullo nacional a raíz de los éxitos a narrados la causa del posterior desastre. La nación se sentía tan capaz y convencida de que eran la tierra predilecta y protegida de las divinidades espirituales, que quizás fue lo que les llevo a la conclusión de que debían llevar al siguiente nivel su supremacía como una raza escogida. El sentimiento nacionalista fue incrementando al interior del país y un deseo imperialista se fraguó en las aspiraciones de la clase dirigente. La participación del emperador sigue sin estar completamente clara y sus defensores aseguran que fue influenciado por políticos corruptos y la clase militar animada por sus éxitos recientes, pero está claro que él debió dar su consentimiento para las medidas que se llevarían a cabo y su participación en las grandes Guerras mundiales. Al tornarse peligroso para quienes gobernaban el mundo y al pactar tratados con el eje en contra de los aliados, sentenciaron su destino cuando más tarde Estados Unidos dejó caer su furia armamentística más terrible sobre su suelo. Las bombas nucleares marcarían un antes y un después en su sociedad, afectando en todos los niveles posibles a los japoneses. La capitulación de Japón fue inmediata y se sometieron sin resistencia a la ocupación de la que fueron víctimas por poco menos de diez años, el emperador también aceptaría su destino y renunciaría a la divinidad de su ascendencia, con lo que le quitaron el sustento y que pudo ser tomado como una vergüenza pública, a la vez que se vio obligado a dejar la jefatura del Estado japonés. Cuando la democracia se impuso se proclamó la constitución de 1945, que gira en torno a la idea de que el país renuncia por completo al militarismo y ensalza la paz como ideal nacional.

El sucesor de *Hiroito*, el emperador actual *Akihito*, ha seguido esta tendencia y ha abocado su actuar a actos cívicos, como símbolo de la tradición e historia nacional, siendo emblema de la fortaleza del país, de la victoria de su pueblo frente a las inclemencias y continúa como la cabeza nacional del *shintō*, ya que la filosofía

nipona lo sigue catalogando como el máximo representante de las originarias deidades de la naturaleza.

Podemos concluir que aunque minimizado, el emperador nunca fue totalmente suprimido como autoridad, ya que aunque no detentaba ningún cargo de administración y ni siquiera tenía influencia económica ni relaciones con entes poderosos de la sociedad, aun así era el encargado de legitimar cada acto que el *shogun* ejecutaba, cada decreto y acto público contaba con su presencia simbólica y fue quizás aquí en donde se cometió el paso necesario para hacer de él una figura omnipresente en la mentalidad de la sociedad japonesa. Si cuando la gente común hubiese estado más desconectada de la casa imperial, cuando el emperador pasaba sus días escribiendo poesía y ritualizando hasta el mínimo detalle cada ceremonia del té, se hubiese tomado la decisión de quitarle sus atribuciones mitológicas, si hubiesen perseguido a los sucesores y acabado con la rama familiar hasta extinguirla, si los hubiesen expuesto como despilfarradores o incompetentes incluso en sus funciones espirituales, entonces es posible que ahora la casa dinástica japonesa fuese sólo parte de los anales de historia como fue el destino de la mayoría de los grandes reyes de occidente, pero eso sólo puede quedar en el plano de la suposición porque lo cierto es que la sacralidad de la figura imperial y su asentamiento en la mentalidad, en el cuerpo de disposiciones psíquicas con las que carga su pueblo, incluso los más poderosos, fue un punto clave para protegerle incluso cuando estaba más vulnerable

Habíamos planteamos que Bourdieu respalda las teorías de su colega Durkheim, cuando señala que uno de los poderes más importantes del Estado, es el de producir e imponer una cultura dominante constituida en cultura nacional legítima (en particular mediante la escuela), y las categorías de pensamiento que aplicamos a todo lo que en el mundo hay, siendo estos espacios institucionalizados, centros de formación de sujetos aptos para insertarse en su medio simbólico y ser parte de él. Ya que el Estado es el principal detentador del monopolio de la violencia simbólica legítima, según Bourdieu, es pertinente decir que en Japón el Estado o la autoridad política de turno siempre ratificó al emperador como la figura encargada de legitimar su proceder y en este sentido es importante entender que

esto se debe a que el *Tenno Heika*⁷² nunca fue reducido del todo en su autoridad, incluso durante la época más oscura de su dinastía durante el *Shogunato*. Tal fenómeno, los mismos japoneses lo han definido a través de una teoría que se fundó en los planteamientos de *Motoori Norinaga* (1730 – 1801), quien recogió y popularizó un término antiguo, *Kokutai*, que es traducible como “identidad, esencia, carácter o estructura nacional” que es la base para la soberanía del emperador ya que la justifica por la responsabilidad de guiar al país que la diosa *Amaterasu* le legó a sus ancestros. Esta teoría fue utilizada principalmente durante el período *Meiji* para asentar el poder del emperador como la nueva figura política central y ya no solamente religiosa. *Katō Hiroyuki* (1836 – 1916), erudito perteneciente al gobierno de *Mutsuhito*⁷³ escribió el *Kokutai Shinron* (Nueva Teoría de la Organización/Estructura Nacional) en el que propuso un sistema de gobierno similar a una monarquía constitucional para Japón y en el que estableció una original forma de entender la historia política de su país. Así, hizo un contraste entre el *Kokutai* y el *Seitai*; ya que el primero, la presencia del emperador como cabeza de Japón, era un aspecto inmutable de la estructura nacional, derivada de la historia, tradición y costumbres, mientras que la *Seitai* es un acuerdo de carácter secundario, el que consiste en acuerdos históricos⁷⁴ –como lo fue el gobierno de shogunes y regentes- que se han desarrollado para la ejecución de la autoridad política, lo que en resumidas cuentas quiere decir que es la forma de gobierno que se pueda aplicar dependiendo del contexto y las necesidades del país, lo que nada tiene que ver con la autoridad y posición del emperador, quien no se mueve de su posición de más alto rango de la escala social japonesa. Así ha pasado hasta el día de hoy, cuando a pesar de la renuncia del elemento mitológico, el emperador ha conseguido hacerse de una posición como símbolo sagrado porque expresa en su humanidad dos mil años de historia nacional, y que se mantiene como parte fundamental del ordenamiento social, mental y cultural de su país.

⁷² El emperador reinante es casi siempre referido como *Tennō Heika*, que literalmente significa “Su Majestad el Emperador” o de forma más solemne como *Kinjō Heika*. Por otra parte, en lenguaje coloquial siempre se le refiere como *Heika* u *Okami* o *To-gin san* que es sinónimo de *Kinjō*.

⁷³ *Meiji Tenno*

⁷⁴ BROWNLEE, John. *Four Stages of the Japanese Kokutai [National Essence]*. [en línea]. <<http://www.iar.ubc.ca/centres/cjr/seminars/semi2000/jsac2000/brownlee.pdf>> [consulta: 05 de marzo del 2012]. p. 5.

CAPÍTULO III

Emperador y Religión

El pueblo japonés está habituado a rendir a los dioses el culto que les es debido, como un país de contrastes y abiertamente inclinado a adoptar algunos elementos de las culturas foráneas, Japón ha basculado siempre entre su propia religión, el shintoísmo, y las influencias externas. El cosmos sagrado inherente a la cultura japonesa se ha tejido en las costumbres sociales y de orden social, los que se han forjado en relación a una serie de disposiciones ancestrales dadas por su organización arcaica en *ujis* y sistemas familiares que dieron paso a una estructura jerarquizada que posteriormente se vio sometida a la normalización hecha tras la adopción de nuevas formas de pensamiento dadas por las religiones o filosofías de vida que resultaron exitosas por su misma disposición a reconocerlas como coherentes a su forma de vida, potenciando aún más sus disposiciones naturales, sus *habitus*. A continuación pasaremos a revisar brevemente la influencia o participación que cada una tuvo en la vida y mentalidad japonesa.

a) Shintō

El sintoísmo a menudo se entiende como la "vía" que permite a la sociedad japonesa unirse en valores y actitudes, y en la que los mitos y las prácticas religiosas son elementos unificadores. El sintoísmo no tiene ni un creador ni una colección de textos religiosos ni un cuerpo fijo o consensuado de doctrina, es un sistema de creencias que evoluciona de acuerdo a la dinámica social, pero que a la vez, gracias a su conexión emotiva con los practicantes por medio de fiestas, celebraciones y ritos, les ata a cierto tradicionalismo que para quienes no son parte de él resulta evidente.

En japonés, *Shintō* significa "el camino de los dioses o espíritus", es la religión primitiva y popular de Japón, llamada así en el siglo VIII para distinguirla del budismo, del que posteriormente incorporaría muchos rasgos. Los orígenes del

shintoísmo se remontan a los orígenes del país, a una concepción animística del mundo, asociada con el culto tribal de las deidades del clan, cuando todavía era un culto a los fenómenos naturales que los creyentes identificaban deidades llamadas *kami*. Esto se refleja en ceremonias que invocan a los poderes misteriosos de la naturaleza para recibir un trato benevolente y protección, los que a menudo eran protagonizados por el líder espiritual del grupo, que pasaría a ser el emperador. Ya que la naturaleza está habitada por una cohorte infinita deidades y la vida humana se halla íntimamente vinculada a sus pensamientos y acciones, la religión, o mejor dicho, la conciencia mítica *shintoísta* es una combinación de adoración a la naturaleza y culto ancestral.

Esta adoración a la naturaleza introdujo en lo más profundo de las almas de esta gente el amor por su tierra y por su país natal, puesto que es la mansión sagrada de sus dioses, de los espíritus de sus ancestros, en el que la familia imperial es el tronco de común de la nación entera, hecho por el que el emperador no es únicamente un gobernante sino que es el representante humano del cielo sobre la tierra, reuniendo en su persona el poder y la clemencia celestiales que les permiten seguir viviendo. Por lo anterior se puede decir que las dos máximas que propone el *shintō* a los japoneses es el patriotismo expresado en su amor por su país y la lealtad al emperador. Cualidades que les permitirán seguir residiendo en ese territorio tan agreste como benévolo, en el que sus antepasados se desarrollaron.

Como ya hemos señalado será la diosa del Sol quien vino a dominar la escena divina, y es, al presente, la figura más importante en el panteón nacional. Ella envió a uno de sus nietos, *Ninigi-no-Mikoto*, al Japón, para que él y sus descendientes poseyesen y gobernasen las islas a perpetuidad. Un bisnieto de *Ninigi*, fue entronizado como primer emperador del Japón, y la soberanía imperial ha permanecido hasta hoy en la dinastía establecida por él hace unos dos mil años o más. Esta base divina para la soberanía imperial fue cuidadosamente proporcionada en la compilación de las dos más antiguas historias oficiales de Japón, el *Kojiki* y el *Nijongi*. Los dos escritos buscaban hacer inviolable y eterna la posición imperial invistiéndola de los atributos de un destino divino, así, pretendían hacer coincidir el origen del mundo con el origen de la historia japonesa, y para ello

era esencial que sus antepasados –representados como divinidades– estuviesen presentes en él.

El *shinto* durante siglos permaneció como la filosofía de base en la mentalidad del pueblo japonés puesto que nuevas influencias llegaron desde el continente, pero a finales del período *Edo* la idea de la unidad de la política y los rituales vino a ocupar un lugar en el centro del movimiento para devolver al emperador a su lugar como gobernante único del país. Como el culto y el gobierno eran designados por la misma palabra *Matsurigoto* (“cosa solemne”), el emperador era considerado desde un principio como una especie de Sumo sacerdote, representante e interlocutor de las divinidades naturales y detentador legítimo del trono.

En primera instancia se presenció el movimiento de *Yui-itsu Shinto* (Un único *Shintō*), estrechamente asociado a *Urabe Kanetomo* (1435-1511) quien llamaba la atención sobre lo que calificaba de condición sin par de Japón como país divino, y la gloria de la línea Imperial de ascendencia divina⁷⁵. Planteamientos a los que secundó el movimiento *Fukko Shintō* (Retorno-a-la-antigüedad *Shintō*), que se desarrolló en el siglo XVIII, con la participación de tres de los más grandes eruditos japoneses. *Kamo-no-Mabuchi* (1697- 1769,) creía que la naturaleza superior del cuerpo político japonés se debía a la aprehensión intuitiva y a la práctica de principios naturales de parte de los emperadores de ascendencia divina y de sus leales súbditos por igual. En medio de este refulgir de las creencias primigenias ocurrió que a mediados del siglo XVIII, el país soportó durante siete años las consecuencias de la cólera divina y a las calamidades naturales, en la primavera de 1773, se le sumó una epidemia de peste que ocasionó más de 90 mil muertos. Este tipo de fenómenos dio paso al fortalecimiento del ya medianamente asentado movimiento intelectual de la época y resultó en la corriente de pensamiento conocida como *Wa-gaku-sha* (Escuela japonesa), que estaba destinada a acabar con la autoridad de los shogunes. Exhortaban al renacimiento del puro *shintō*, a recuperarlo de las influencias de las distintas influencias religiosas y filosóficas traídas desde el exterior. Este movimiento tuvo por efecto el despertar de un entusiasta sentimiento de lealtad por el emperador y de ponerlo en primer plano de las discusiones, rescatándolo así del aislamiento al que se había visto sometido por siglos.

⁷⁵ SAKAMAKI, Shunzo. *Shinto: Etnocentrismo Japonés*, “Filosofía del Oriente”, Fondo de Cultura Económica, México, 1954. p. 205.

Sería *Motoori Norinaga*, quien sucedió a *Mabuci* como máximo exponente de este movimiento en pro del renacimiento del llamado “*Shintō Puro*”, desdeñaba el taoísmo como simple vía de la naturaleza, mientras que el *Shintō* era la vía de los dioses de la naturaleza. Al elaborar las suposiciones etnocéntricas de su predecesor las que resultan del aislamiento en que los japoneses vivían al no ser grandes navegantes y su renuencia y perspicacia ante los extranjeros, *Moōtori* alababa el certero instinto que poseía el pueblo japonés para elegir la conducta apropiada, por virtud de su parentesco genealógico directo con las grandes divinidades del panteón *Shintō*. Exhortaba a sus compatriotas a manifestar inmovible lealtad a sus soberanos, descendientes de dioses, puesto que según él la superioridad del Japón respecto a todos los demás países es solo natural, visto el hecho de que los Mikados⁷⁶ descienden directamente de los *kami* y que ninguna otra nación es digna de paridad con el Japón, que incluso todas ellas deberían rendir homenaje y pagar tributo al soberano japonés.

El sucesor de *Moōtori*, *Hirata Atsutane* (1766-1843), llevó adelante la elaboración de estas doctrinas etnocéntricas según las que dichas conexiones íntimas con lo divino del pueblo japonés, le investían de cualidades y atributos superiores a los de otros pueblos. *Hirata* señalaba orgullosamente la ininterrumpida e incomparable continuidad de la Línea Imperial divina, la cual creía destinada a extender su dominio por todo el mundo. Con esto comenzamos a darnos cuenta el cómo al retomar los mitos de la formación del país poco a poco las pasiones van elevándose a la vez que crece un sentido patriótico del que antes la nación japonesa no era consciente, pero que siguiendo ésta línea alcanzarán su punto máximo en el siglo XX, para luego, como en los ciclos de la naturaleza, apagarse y retomar la armonía.

Podemos decir, luego de lo narrado que en el siglo XIII se hizo el primer intento de retorno al *shintō* puro con *Urabe Kanetomo* y es esta sucesión de eruditos que fueron plantando la idea en sus coterráneos de que un cambio, o mejor dicho, un retorno al esplendor de la antigüedad era necesario, fue la que finalmente en el siglo XIX hizo posible el que el emperador regresase como una figura fuerte, altamente admirada y esperada, a la cabeza del gobierno.

⁷⁶ La palabra *Mikado* significa literalmente “Augusta puerta” y era una forma utilizada en poesía para referirse al emperador, seguramente por su connotación como símbolo de la comunión entre los *kami* y el pueblo japonés.

El ideal de la *Kokutai* y la reverencia por el emperador aseguró la lealtad de la gente, que vieron al emperador como sagrado por motivo de los símbolos míticos, y también estableció un amplio marco en el que el movimiento nacionalista actuó, haciendo de la formación de la nación moderna una realidad. Sin embargo, no estaba claro de inmediato cómo estos ideales se podrían realizar. En el proceso de la promulgación de la Constitución imperial (1889) y el rescripto de la Educación (1890), el ideal *Kokutai* y la reverencia por el emperador llegó a ser visto como algo inseparable de la consolidación de un Estado-nación popular. La aparición de un nuevo ritual en relación con la reverencia por la corte y lo sagrado del emperador, echaron raíces en las vidas de las personas a través de un sistema de educación y una organización de cooperación y formación para los sacerdotes del santuario, lo que permitió que el santuario *shintoísta* se convirtiera en un poderoso elemento constructivo del Estado *shintoísta*. Con estas innovaciones, el *shintoísmo* estatal se tornó cada vez más popular al convertirse en parte del pensamiento y práctica de las personas.

Los jefes del gobierno imperial reorganizado, ansiosos por apuntalar la posición imperial, se sintieron impresionados por las tremendas potencialidades de las doctrinas y fomentaron activamente su propagación por medio de órganos del Estado moderno tales como la escuela, la prensa, los servicios militares, etc. La doctrina del sintoísmo estatal se formuló definitivamente con la promulgación del Edicto Imperial de Educación (*Kyoiku chokugo*) que adoptó al sintoísmo estatal como su fundamento ideológico en las escuelas⁷⁷ donde se convirtió en la historia del Japón desde la era de los dioses y que inculcaba la veneración del emperador, quien era considerado el gobernante desde edades eternas. A pesar de que todos

⁷⁷ Eventos de la escuela proporcionaron un modelo para el sistema ritual dirigido a la reverencia por el emperador y la corte. Durante los actos y celebraciones conmemorativas el director o un profesor leía el Rescripto Imperial sobre educación. A su vez, los maestros trabajaban para cultivar en los estudiantes la resolución amar a su país y ser leales a su señor mediante la narración de los grandes asuntos del primer emperador y la virtud de la histórica emperadores, haciéndoles saber el origen de las fiestas y los días festivos por medio de ponencias que se realizaban antes y durante las festivales. Los directores, maestros y estudiantes, durante sus jornadas cotidianas incluso cantaban canciones que se relacionan con estos días de fiesta y oración. Por lo que la concientización era aguda y sistemática. De hecho, La edición del instructivo a los maestros incluía el pedir a los estudiantes comprender el significado de las fiestas. Los días de fiesta, explican que cuando el emperador lleva a cabo los rituales solemnes, las personas deben practicar la moderación, respeto expreso y traer a la mente el camino de la lealtad al señor y el amor a la patria.

los otros aspectos religiosos, se dejaban a la iniciativa individual⁷⁸, siendo posible que un ciudadano practicase el budismo a la vez que el *shintoísmo* u otras combinaciones.

Con la revitalización de la nación que vino apareada a la Restauración *Meiji*, el concepto de una nación con una política unificada y rituales, se aceptó como base del Estado moderno japonés, la gente vivía dentro de un orden del espacio y tiempo sagrados relacionados con el Estado *sintoísta*. Como ha señalado Eliade, el hombre religioso vive en función de estos hitos temporales, además de que aspira a vivir en lo sagrado, a tener contacto con ello, y si pensamos que Japón era principalmente un país de campesinos, podemos entender que las fiestas y grandes celebraciones fuesen consideradas como los grandes eventos de la población, que rompían con su cotidianidad y en las que se sentían parte de ese todo social que les da sentido a su existencia. Es por ello que la religión nacional de Japón tuvo éxito en la penetración en todas las esferas de la vida: la educación el folklore, la literatura, las artes, e incluso la política y la economía. En otras palabras, el logro final del sistema del emperador fue ser la religión de la vida cotidiana, ser un sistema imperial que funcionara en la consciencia aplicada diariamente por los japoneses, porque además no era nada nuevo, sino que se tomaron las creencias populares, las historias míticas y grandes leyendas que maravillaban a generaciones y se les presentó ante sus ojos su vuelta a la vida.

Los reformadores *Meiji* creían que estaban estableciendo una nación ideal en el que el pueblo y el emperador sagrado mantenían una unión espiritual, y donde el propio emperador realizaba rituales para los dioses y gobernaba bajo la protección de los espíritus de los emperadores históricos y la progenitora *Amaterasu*. Y la educación moral se propagó en búsqueda de equipararse con la influencia occidental, como una medida de controlar a la población frente a la avalancha de información e influencia que llegaba desde el exterior. Además como una forma de presentarse al exterior también, con pleno apoyo del pueblo al gobierno, lo que nunca está demás en el campo de las relaciones internacionales.

Más que sólo intentar asentar una forma de gobierno, lo que se hizo fue establecer una consciencia religiosa y mítica de la legitimidad del gobierno en el

⁷⁸ BENEDICT, Ruth. *El Crisantemo y la Espada*. Alianza Editorial. 3º Edición Madrid. 2006. p. 69

pueblo japonés, al combinar ambos elementos es muy difícil que éstos puedan ser extraídos de su mentalidad ya que fueron muy fuertemente arraigados en el subconsciente de los entonces niños, que ahora son los ancianos, los miembros más respetados e influyentes de sus familias, quienes seguramente han legado esta consciencia a sus descendientes, o si lo queremos poner en los términos de los que hemos hablado en el primer capítulo, es posible que sean igualmente irrevocables porque pertenecen a los remanentes arcaicos dentro de la psique japonesa que se viene desarrollando por más de dos mil años y que solamente fue reactivada en el siglo XIX tras unos siglos de latencia, de todas formas ya forman parte de la estructura mental de los japoneses y son ellos mismos quienes no dan pruebas de querer siquiera cambiarlas.

En el corazón de la religión nacional japonesa está el mecanismo de la "sumisión voluntaria." No se puede pasar por alto que éste opera como un factor estructural que frenó las nuevas tendencias de reorganización política. La religión nacional se refiere no sólo al *shintōísmo* estatal sino también a la mentalidad que apoya el sistema del emperador⁷⁹. El Shintō estatal ha logrado impregnar la mentalidad nacional de conceptos sobre un noble pasado, rico en grandes tradiciones, sobre una estirpe real destinada a perdurar como la eterna primera familia nacional, y sobre un cuerpo político sin par encabezado por una Dinastía Imperial ininterrumpida, inviolable, de ascendencia divina. Como establece *Shimazono Susumu* en su estudio histórico, el *shintōísmo* estatal no sólo es algo que el gobierno impone a las personas⁸⁰, sino también algo a lo que las personas activamente se abrazaron puesto que, al participar en el sintoísmo estatal, la gente trató de ganar influencia en una sociedad dominada en gran parte por el Estado, pero además era lo que habían esperado, lo que estaban preparados a aceptar.

b) Budismo

Cuando el budismo arribó a Japón encontró en el *shintō* un adversario formidable, pues este se hallaba inextirpablemente identificado con el etnocentrismo japonés.

⁷⁹ KURIHARA, Akira. Op. Cit. p. 316.

⁸⁰ SHIMAZONO, Susumu. *State Shinto in the lives of the people. The Establishment of Emperor Worship, Modern Nationalism, and Shrine Shinto in Late Meiji*. "Japanese Journal of Religious Studies". Vol. 36. 2009. p. 94.

Kuroda Toshio nos presenta un panorama en el que el budismo, al arribar a Japón y convertirse en una fuerte influencia hasta hoy en día –siendo la religión con más adherentes del país- ejerció el rol activo de sostenedor del status quo en el sistema de gobierno dual en el que los grandes terratenientes emparentados al *shogunato* rivalizaban con la autoridad del emperador, pero por otro lado cooperaban con ellos en un sistema de gobierno compartido. Sobre todo a partir del siglo XI, durante el shogunato⁸¹, al igual que el *shintō*, jugó un rol político utilizando su creciente aceptación para ser la religión protegida por el gobierno a la vez que la favorita de los emperadores, lo que les posibilitaría extender su predominio por el país. En este contexto se estableció una alianza implícita entre la *Obo* (Ley Imperial) y la *Buppo* (Ley Budista), en la que se protege la *Obo* por medio de la *Buppo* y se reverencia a la *Buppo* por medio de la *Obo*, ambas son una sola ley con dos aspectos, como las dos alas de un pájaro o las dos ruedas de un carro. Esto quiere decir que los seguidores de la *Buppo* deben aceptar sumisamente el dominio de la *Obo* ya que esta última es fundamental para evitar el caos. Teniendo en cuenta que la sola idea del caos es temida por los japoneses puesto que las propias disposiciones mentales que les ha inculcado la influencia budista, que señala que el ideal de la vida es transitar por un camino intermedio que los aleje del dolor y los excesos, por lo que se añora una permanente armonía que no altere la paz del alma.

La meta del budismo es el *nirvana*, palabra que significa la "extinción" de los fuegos de todos los deseos y la absorción del yo en el infinito⁸², para conseguirlo es necesario que se practique una forma de vida especial, lo que ellos denominan *Shila* o el cultivo del correcto comportamiento, a través del correcto esfuerzo, que se traduce en una correcta forma de pensar, hablar y actuar, todo lo que conduce a un correcto modo de vivir. Según el budismo, todos los pensamientos tienen consecuencias, tanto para el sujeto pensante como para los demás: es el *karma*. El que junto al autóctono sentido que los japoneses tienen de su pasado a través del

⁸¹ KURODA, Toshio. *The imperial law and the Buddhist law*, "Japanese Journal of Religious Studies", 1996. Vol. 23. p. 271.

⁸² La doctrina de Buda se resume en las Cuatro Verdades Nobles, que son: 1) Toda la existencia es insatisfactoria. 2) Las insatisfacciones están causadas por el deseo de algo permanente, cuando en el mundo no existe la permanencia. 3) Es posible conseguir el cese de las insatisfacciones, el *nirvana*. 4) El *nirvana* puede alcanzarse siguiendo los Ocho Pasos.

culto a los ancestros, hace que tenga perfecto sentido para ellos el que una falta personal no es individual sino que afecta a quienes le rodean. Por lo anterior es que hacen notar que existen leyes divinas y naturales, dentro de las que es importante comprender que son las Leyes Civiles y Naturales las que nos rigen en nuestro tránsito por el mundo y que sin esas leyes toda nuestra vida sería un caos. Si todos podemos hacer lo que nos venga en gana, entonces no hay aprendizaje ni tampoco superación.

En vista de lo anterior cabe decir que el budismo practica la doctrina de la inconstancia de toda existencia individual, de la no realidad del principio del “yo”. En el 604 d.C. y como una manifestación de este doble juego de influencias en que consistía la *Buppo* junto a la *Obo*, se oficializó la que por algunos es considerada la primera Constitución escrita del Japón, los “Diecisiete Artículos”. Estos establecían en su primer punto que la armonía debía ser estimada y la discordia evitada, en clara alusión a que se tenía que respetar el estado de las cosas y no rebelarse. Lo que es importante en una sociedad conformada con un poder central militar a cargo de muchos otros señores feudales, los cuales contaban con sus propios mini ejércitos especializados, los *samurái* y en la que el mismo *shogun* tenía certeza de un posible levantamiento a favor del emperador, por lo que los representantes del budismo podían, mediante estas sutilezas, ser un interlocutor intermedio de los dos líderes nacionales. Además en el tercer artículo se señala que “Definidamente honra los mandatos recibidos del soberano. Porque el señor es como el cielo; y el vasallo, como la tierra. El cielo cubre y la tierra sostiene. Las cuatro estaciones se suceden y así todas las cosas ocurren como deben”⁸³, que al mezclarse con el doceavo punto que dice que no hay dos príncipes en el país, que el pueblo no tiene dos señores y toda la gente del país debe considerar al soberano como su señor, ya es una especificación clara acerca de la incuestionabilidad de ciertas cosas que la gente común debe dejar pasar y aceptar como dadas, al igual que el que cada hombre tiene su oficio, y no deben confundirse los mandos, como indica el punto séptimo, aunque la no especificación de ese señor sigue siendo un factor si pensamos que el budismo no es una religión local y que todos los extranjeros que tuvieron contacto con Japón durante el *shogunato* estaban ciertos que el rey del

⁸³ Los 17 artículos de Shōtoku Taishi (Dyushishidyo kempo). [en línea]. <<http://historiadejapon2012-1.blogspot.com/2011/08/constitucion-de-los-17-articulos-604-ec.html>> [Consulta: 21 de febrero del 2012].

país era el shogun, dado su poder gubernamental y la opulencia con la que se hacía engalanar.

El budismo hace hincapié en que para poder librarnos del sufrimiento que nos ata, es necesario eliminar esa visión autocentrada de la realidad, de nuestro ego, soberbia, arrogancia, orgullo, vanidad y prepotencia. Estos factores normalizadores que siguen asentando el principio de suprimir el “yo” a favor del “nosotros” están en el corazón de cada sistema religioso adoptado por los japoneses y que sería un factor estructural que frenó el avasallador avance de las nuevas tendencias llegadas sobre todo del occidente en ese fuerte choque cultural dado tras la Segunda Gran Guerra y la ocupación estadounidense del territorio, ya que “...el efecto de la dominación simbólica no se ejerce en la lógica pura de las conciencias cognitivas sino en la oscuridad de las disposiciones de *habitus*”⁸⁴. Este cuerpo de disposiciones adquiridas y que se ha formado a lo largo de los siglos es el que les hace adaptar también las nuevas influencias que dado lo rígido de ciertas tendencias del espíritu japonés son necesarias para poder acercarles un nuevo conocimiento, por ejemplo, los monjes budistas que llegaron a Japón, para que la gente común aceptase a sus dioses se vieron en la necesidad de desarrollar una teoría en la que planteaban que los conocidos y venerados *kami* eran avatares de los santos budistas.

A pesar de ser una nación que está dispuesta muy honestamente al progreso, puesto que se ven en la necesidad de pensar en el futuro para sobreponerse a las fatalidades, a la vez no dejan de tener muy presente su pasado, es por ello que su desarrollo implica a la vez un componente no menor de arraigo.

c) Otras influencias filosóficas

El Tao fue una de las filosofías de pensamiento que llegaron a Japón por su contacto con la Dinastía China, éste plantea que el secreto de la felicidad reside en vivir con naturalidad, sin intentar distinguirse de los demás y renunciando a cambiar radicalmente los destinos del mundo. Lo que, dado lo que anteriormente hemos visto, tiene sentido para los japoneses.

⁸⁴ BOURDIEU, Pierre. *Meditaciones Pascalianas*. Op. Cit. p. 225.

Tao significa "camino". Es el camino a través del cual los individuos recorren una vida de moderación y evitan cualquier exceso. Es el camino llano y espontáneo que deben seguir los gobernantes y los gobernados, de modo que unos y otros puedan regirse a sí mismos y a los demás y vivir en armonía con la naturaleza. Ideas que encuentran eco en la memoria emotiva de los japoneses con respecto a su sistema religioso autóctono, el *shintō*, en relación a la armonía con la que el hombre debe vivir con la naturaleza, pero que el Tao no adorna con connotaciones mitológicas.

El Tao gira alrededor de dos ejes primordiales: *Tao-chia*, que desarrolla la idea política según la cual un gobernante sabio dirige a su pueblo a través de la sabiduría y no de la fuerza, ideas que el Confucianismo se encargaría de estructurar mejor, y *Tao-chiao*, que promueve una visión mística del mundo según la cual los individuos pueden liberarse de las pasiones y las ambiciones, y descubrir la liberación en un estrato espiritual que culmina en la inmortalidad, una idea que con reservas también pudo ser asimilada por los japoneses quienes ven en la perpetuidad familiar una forma de inmortalidad. Pero dado que el Tao era más bien una filosofía de vida vino más bien a complementar ciertas ideas y disposiciones que los japoneses ya practicaban, por lo que su influencia no es notoria dentro de la sociedad.

Por otra parte, el legado intelectual de los Tokugawa, el **Confucianismo**, deviene de las teorías de Confucio, que vivió aproximadamente entre el 550 y el 479 a.C., siendo una de las grandes figuras de la historia del pensamiento humano. La recopilación de sus *Conversaciones*, que supone la existencia de una fuente escrita básica, es un amplio abanico de consejos referidos a los asuntos humanos que puede aplicarse desde el gobierno de las naciones y la dirección de empresas, hasta el trato social, las relaciones entre amigos, familias e incluso el autoconocimiento.

Confucio atisbó un orden social conducido por sensibilidades razonables, humanas y justas, no por las acciones arbitrarias de gobernantes entronizados de forma hereditaria, y advirtió las consecuencias sociales si los hombres que ostentan el poder obran sólo en beneficio propio, pasando por encima de la piedad y de la

justicia. La eficacia de un planteamiento como el que él proponía residía en el ejemplo personal; por ello, la clase gobernante debía cultivar las virtudes de la persona ejemplar. Dentro de sus planteamientos estaba el que el más alto deber de un conductor de hombres es la bondad y que si un príncipe cultiva la virtud el pueblo en masa irá con él sin importar las condiciones, siendo ésta la base de la confianza y la lealtad. Ideas que en Japón pudieron ser practicadas y gracias a las que el emperador consiguió, como institución, generar lazos verdaderos con el pueblo. El confucianismo añade la virtud de la fidelidad al aparato estatal e inculca una férrea moral a los ciudadanos, asentando el principio de autoridad en un Estado legalmente constituido e imponiendo las ideas fundamentales del *bushido*⁸⁵. Incluso el Edicto Imperial de Educación (1889) del que ya hemos hablado y que fue promulgado por el emperador, ordenó que el orden de la ética confuciana del hogar que se practicaba por todos los sujetos, con la implicación de que el emperador era el jefe supremo de la familia simbólica que abarca toda la nación, se llevase a las escuelas⁸⁶. En este sentido es que la educación moral de los jóvenes fue muy importante para hacerlos miembros del sistema imperial.

Uno de los aportes más importantes que el confucianismo realizaría a Japón es el haber dado una estructura clara a concepciones que aún estaban poco desarrolladas. El actual sistema social fuertemente jerarquizado le debe mucho a esta filosofía puesto que es enfática en que ve al hombre únicamente realizado en tanto ser social que ocupa un puesto y desempeña una función, no como un ser aislado. En la idea confuciana de la sociedad utópica, la jerarquía no es sólo social, sino también moral y es un rasgo distintivo de la sociedad nipona. Es en esta línea que también consideran a la familia como la unidad básica de toda la nación y que en su intimidad es un pequeño reino en el que es necesario que se establezcan los sistemas de jerarquía necesarios para comprender la superestructura social de la que se es parte y que así se pueda hablar de un todo coherente.

En resumen, podría decirse que el confucianismo es una doctrina en la que se reconoce a un Supremo Señor, pero como religión carece de ideales y de espiritualidad, en el sentido en que entienden ambos conceptos las demás

⁸⁵ Como por ejemplo, la enunciación de las cinco clases de relaciones morales: entre el dueño y el servidor (el gobernante y el gobernado), el padre y el hijo, el marido y la mujer, el hermano mayor y el hermano pequeño y entre el amigo y el amigo.

⁸⁶ YANAGAWA, Keiichi y ABE, Yoshiya. *Some Observations on the Sociology on Religion in Japan*. "Japanese Journal of Religious Studies" Vol. 5. 1978, p. 7.

religiones. El confucianismo debe considerarse más bien una doctrina ética; y pese a que en ella se tenga en cuenta la existencia de un principio regulador del universo y de un ser supremo, los conceptos básicos de la doctrina son esencialmente referentes al ser humano y a cómo debe relacionarse con sus semejantes.

Finalmente, pero no menos importante en la configuración de identidad nacional japonesa es el alcance que tuvo el código ético y moral del **Bushido** en el actual sistema de valores de la sociedad japonesa. Como admite *Inazo Nitobe*, si la caballería actualmente no reviste una forma tangible, no ha cesado de “perfumar nuestra atmosfera moral”.⁸⁷

El bushido, al no ser un código escrito sino que consiste en una serie de máximas, se beneficia de la poderosa consagración que da la práctica y concientización, el deseo de pertenecer a una elite que cuenta con de los máximos prestigios. Propone un sentimiento de confianza en el destino, sumisión tranquila a lo inevitable y sangre fría ante el peligro. Una idea que aún puede reconocerse como un factor psicológico que se mantiene activo para los japoneses es el concepto de *Gi-ri*, que literalmente puede traducirse como “razón recta”, término que a la larga vino a expresar la idea de una obligación que en opinión pública, el poseedor de alguna virtud debía cumplir, *giri* comenzó a entenderse simplemente como un deber que se le debe a los superiores e inferiores, a la sociedad completa. Es siguiendo ésta línea que podemos entender de dónde proviene el gran temor al sentimiento de vergüenza para los japoneses, puesto que el *bushido* consideraba a éste sentimiento el primer signo de consciencia moral expresado por el hombre en la tierra al encontrarse expuesto a su pequeñez frente al mundo. Y la consideraban especialmente terrible puesto que en vez de aligerarse con el tiempo, su cicatriz se agranda todos los días. La conciencia de la posteridad expresada por este tipo de mentalidad es crucial en nuestro estudio, y responde a todas las influencias que el Japón ha recibido. Si la vergüenza es imperecedera, el honor también lo es y según su imaginario, no depende de ninguna condición especial, sino que reside en todos aquellos que cumplen con su deber, por lo que de la misma forma invita a la continuidad de sus estructuras sociales.

⁸⁷ INAZO, Nitobe. *Bushido. El Corazon de Japón*. Ediciones Obelisco. 3º Edición. Barcelona. 1996. p. 7.

El bushido concibe al individuo como un fragmento de lo que forma parte, debiendo vivir y morir por el Estado o por el depositario de la autoridad legítima del mismo. Su máxima siempre será la lealtad a su país y sus raíces, lo que inevitablemente les conducía a tener un máximo sentimiento de fidelidad hacia la dinastía imperial representante de tantas eras. Y ya que despreciaban el excesivo apego a lo material y la avaricia, el rigor moral de su ética les conminaba a llevar una vida modesta y sin excesos. Y si pensamos que fue precisamente durante la edad de oro del bushido que el emperador se vio más desprovisto de opulencia, y que los samurái representaban en la sociedad de su época el ideal de hombre, infiltrando su ética entre las masas y suministrando un modelo moral a todo el pueblo, podemos imaginar que la vida lejos de los lujos que llevaba el emperador era vista con no menos respeto por parte del pueblo común.

Según sus creencias se debía soportar el rigor de la vida, las calamidades y adversidades con paciencia puesto que cuando el cielo está dispuesto a confiar en alguien una alta misión, lo primero que hará será poner a prueba al elegido para ejercitar su espíritu. Si recordamos la manera en que este pueblo se enfrenta a las calamidades que les ha tocado afrontar como país, para luego renacer con el esplendor y belleza de los crisantemos que tanto admiran⁸⁸ y que, de hecho, son el emblema que los emperadores han utilizado para representar su dinastía, no se nos hará difícil reconocer que esta forma de pensar su realidad y que los elementos psicológicos que hemos narrado han constituido el carácter nacional han hecho posible la obtención de una fortaleza de la que hoy el mundo se admira.

⁸⁸ En Japón, el crisantemo es emblema otoñal. Simboliza una larga vida y la erudición. La leyenda asegura que el crisantemo guarda el secreto de la vida eterna puesto que es en otoño, con los primeros fríos, cuando en vez de sentirse condenado a morir como el resto de flores, estalla en vigor en medio de la escarcha y los duros y fríos soplos del viento no pueden marchitarlo.

CAPÍTULO IV

Mentalidad Japonesa

Japón actual es una extraña mezcla para los occidentales. Es, posiblemente la única sociedad en el mundo que podría considerarse como post-nuclear, y que por otra parte, mantiene un respeto y apego estrecho a sus fuertes tradiciones culturales y sociales, donde lo tradicional y lo moderno no aparecen como concepciones que necesariamente deban considerarse incompatibles. País en el que la innovación tecnológica no es contradictoria con un ritualismo estructurado en las interacciones sociales y en el que los contrastes geográficos aunque pudiesen dividirlos, estando sus habitantes repartidos aproximadamente en casi tres mil islas, al parecer les ha fortalecido con un carácter y fortaleza estoica, reflexiva y agradecida de cada logro conseguido, de cada año de permanencia. En ninguna otra parte del mundo, y quizás irónicamente sólo pueda Chile compararse, la humanidad ha sufrido tanto como en Japón el implacable furor de fenómenos naturales. Éstas catástrofes han contribuido a disciplinar al pueblo y hacer de él gente que está dispuesta a aceptar cualquier destino.

Incluso su sistema político es un tanto extraño, puesto que se compone de una monarquía constitucional en la que el Emperador es una figura sin poder y son los representantes del parlamento elegidos con un sistema democrático, los que eligen a su Primer Ministro. La legitimación que antes provenía del emperador, ahora proviene del pueblo. Pero es interesante advertir que los miembros de la Dieta, democráticamente elegidos, aún ahora después de tomar alguna decisión, hacen que éstas sean ratificadas por el sello imperial. El emperador también debe su posición al respaldo ciudadano, pero de todas formas bajo los cánones internacionales podría pensarse que su jerarquía es soportada más que apoyada. Pese a lo anterior, el emperador es la última instancia en la proclamación de nuevas políticas, aun así le imprime una legitimidad a esas disposiciones en las que tal vez no tenga nada que ver ni a las que pueda modificar, pero ahora como antes, cuando regentes y shogunes le habían arrebatado por completo el control del país, el emperador es una garantía ante el pueblo, la garantía de su prestigio y como la

cabeza de la vertical estructura social que Japón ha construido, como el primer ciudadano del país. Lo anterior tal vez lo podríamos calificar como una nueva forma que la *Kokutai*, de la antes hablamos, ha tomado en nuestro mundo moderno y que, como señaló Ruth Benedict, “A los japoneses no se les puede obligar mediante leyes a aceptar la autoridad de personas elegidas e ignorar su lugar correspondiente según está establecido en su sistema jerárquico”.⁸⁹

Por otra parte es una de las economías más poderosas del planeta, miembro de la ONU, y participante de las organizaciones de países más importantes a nivel mundial. Inclusive ha llegado a ser un socio estratégico de Estados Unidos tanto en lo económico como en lo militar. Lo admirable de esto es que esta relación se estableció luego de la ocupación efectuada por los propios estadounidenses tras la derrota de la Segunda Guerra Mundial, en la que Hiroshima y Nagasaki fueron devastadas por efecto de explosiones nucleares intencionales que marcaron un antes y después no sólo en el propio Japón, sino que en el mundo entero por la magnitud de la catástrofe. Tras su capitulación el 10 de agosto de 1945, una oleada de influencias occidentales llegaría a sus tierras con la intervención militar que sufrió el país. Sería éste estado de la situación la que modificaría su organización política interna y fueron forzados a adoptar “la paz y la democracia” impuesta bajo los términos del triunfante occidente.

Gowen hace referencia a que para que una nación sea creada deben cumplirse dos condiciones: una mezcla de diversos elementos y un período de tiempo suficiente para que estos elementos se fusionen hasta formar una raza propiamente dicha y, según este autor, el Japón ha tenido la característica de satisfacer estas dos condiciones.⁹⁰ Los japoneses han tenido que enfrentar más de una situación nueva portadora de desconocidos deberes y desafíos. Pero su modernización se ha realizado sin choques violentos, aunque el abandono de antiguos privilegios haya a menudo impuesto a los grupos dirigentes sacrificios sin ejemplo en la historia.

Como nación han adquirido rasgos psíquicos, *habitus*, un cuerpo de aptitudes y características a partir de los remanentes de tiempos pasados que han diseñado una personalidad de grupo. En este grupo tan particularmente comunitario, que trataremos de representar con algunas de sus características

⁸⁹ BENEDICT, Ruth. Op Cit. p. 226.

⁹⁰ GOWEN, Herbert. Op. Cit. p. 32-33.

principales, todas ellas teniendo que ver con la preservación de la figura imperial. Porque todo en esta sociedad tiene que ver con un equilibrio y conjunción de hechos y formas que hacen posible que un emperador de características tan excepcionales, tan sagradas según el concepto mismo, siga existiendo en la moderna sociedad japonesa del siglo XXI.

a) Estructura social

El que intente conocer a los japoneses tiene que empezar por comprender lo que para ellos significa el ocupar cada uno el lugar que le corresponde. Su confianza en el orden y en la jerarquía y nuestra fe en la libertad y en la igualdad son dos polos opuestos, y a nosotros como occidentales nos resulta difícil dar a la jerarquía su justo valor como posible mecanismo social.

Una característica que hemos podido notar en el pueblo japonés es que no encuentran su orientación en los principios universales, sino en la dedicación a una autoridad específica individual. Eso en parte se debe a la especial estructuración de su sociedad, la que es notoriamente vertical puesto que en todos sus sistemas de organización grupal existe un “superior”, que reproduce en escalas más pequeñas la estratificación global de la sociedad. Así nos encontramos con la organización familiar, donde hijos y parientes tienen distintos grados de autoridad y se establecen relaciones de respeto definidas e intransables, en la escuela donde los estudiantes menores deben comportarse con el debido decoro ante sus *sempa*⁹¹ y *sensei*⁹², mientras que en el trabajo sucede de igual manera entre jefes y subordinados, con la diferencia de que incluso entre individuos que comparten idénticas cualidades tenderán a crear una diferencia entre ellos, dando paso a la configuración de un delicado y complejo sistema de jerarquizaciones.

La relación entre dos individuos de posición superior e inferior es la base del principio estructural de la sociedad japonesa, la que se expresa en los términos tradicionales *oyabun*, que representa esta relación entre un *oya* (padre) y su *kobun* (que viene del *ko*, que significa niño), teniendo claro que una persona puede

⁹¹ Estudiantes pertenecientes a la misma u otra institución educativa que sean de grados superiores.

⁹² Maestros.

desempeñar ambos papeles a la vez. Estas diferenciaciones entre los miembros de un grupo permiten desarrollar firmes vínculos entre los agentes, en este tipo de estructuras para relacionarse, el liderazgo siempre se limita a una sola persona, el líder, quien es poseedor del legítimo estatus, es capaz de sintetizar los miembros del grupo y suprime los antagonismos entre ellos puesto que es reconocido por todas las facciones, aunque no necesariamente sea un hombre de poder. Lo que sí se puede concluir es que en estas relaciones jerarquizadas en la que se establecen lazos emocionales, se genera una relación paternalista entre el superior y el subordinado, la que es absolutamente reconocible en la figura imperial japonesa, esta idea de un padre que contiene y guía al país al crecimiento, a la vez que le protege del olvido, que les ayuda, como una *hierofanía* viviente, a mantener la conexión con su historia, como un símbolo de su memoria nacional.

Cabe hacer notar que la protección que el líder puede entregar se paga con la dependencia a él, con el afecto y lealtad. La misma que durante siglos fue inculcada en el imaginario colectivo del pueblo cuando se les persuadía que únicamente el emperador podía interceder entre los *kami* por la buena fortuna de la nación. Este tipo de relación potencia el elemento emocional, lo que hace que sea más fácil el control de las acciones de los individuos, cuando entra en juego la violencia simbólica y sus formas de dominación del pensamiento y las acciones a través de la penetración de ciertas ideas y contenidos que apuntan a guiar comportamientos y sistemas valóricos. Pero no es tan injusto como parece puesto que si bien esta relación puede cegar al subordinado, también pasa que el líder carga con una responsabilidad tremenda, de hecho en comparación con las autoridades occidentales, de hoy y ayer, el líder no ejerce un poder despótico, el emperador nunca se enriqueció salvajemente mientras su pueblo pasaba hambre, fue tan afortunado como desafortunado junto a los japoneses sin excepción⁹³, durante el *shogunato* vivió en la modestia y en la era *Meiji* gozó del esplendor con el que el país se revestía, y esto es posible porque el costo de recibir la lealtad es alto, puesto que depende en gran medida de la calidad de la relación entre el líder y

⁹³“ A inicios del siglo IV, el emperador *Nintoku*, por ejemplo, al estar el país pasando por un difícil periodo, en el que hubo lluvias nunca antes vistas y el pueblo era pobre, rebajó los impuestos, abrió su palacio a todo el mundo, usaba viejísimos zapatos y vestidos y durante tres años se negó a utilizar las rentas públicas. Su propio palacio estaba inundado y su techo agujereado, pero se decidió a vivir las mismas penurias que sus súbditos. Cuando al fin volvió la prosperidad, la recompensa del emperador fue el recuerdo de su pueblo con profundo agradecimiento por su modestia y bondad”. v. GOWEN, Herbert. Op. Cit. p. 54.

el subordinado, en la que el factor emocional es particularmente importante. Así, las opiniones y deseos de los subordinados entran profundamente en las consideraciones del líder, lo que lejos de perjudicarlo, le engrandecerán, más si entendemos que el poder de un líder japonés está muy restringido por el consenso del grupo. Es curioso cómo aparecen claros indicios de éste tipo de comportamiento desde tiempos remotos. Ponemos el ejemplo de las cajas de peticiones que los emperadores ponían frente a su palacio para que cualquier ciudadano pudiese emitir opiniones sobre cualquier tema que considerara digno de mencionar, corregir o destacar y las que eran leídas posteriormente ante el emperador para ser estudiadas.

Este aspecto de la idea de liderazgo que los japoneses han adquirido puede ser importante si pensamos que tal vez a ellos en la actualidad les parece mejor separar al emperador de las funciones de administración gubernamental dejándolo encargado de ser la imagen país y un símbolo cultural e histórico, puesto que así no se confunden ni empañan sus cualidades, ni virtudes como líder con vicisitudes políticas que a los japoneses no les generan demasiada confianza dado los bullados casos de corrupción por parte de políticos y partidos políticos que tras el establecimiento de la democracia se han dado a conocer y de las que el emperador ha quedado libre de responsabilidad no sufriendo el repudio generalizado de sus ciudadanos.

Los japoneses acatan escrupulosamente las ordenes que un superior les indica, al ser tan estructurados en su orden social no tienen problemas en aceptar la autoridad ni en comprender que quien tiene una posición superior se lo debe a una sumatoria de características que lo hacen estar ahí, no es al azar. A la vez su conciencia de grupo y las adversidades que han enfrentado les ha vuelto expertos en la elaboración de sistemas de cooperación ante la dificultad. A propósito del terremoto de 2011, se dieron a conocer muchos testimonios y es interesante ver cómo la mentalidad de su sociedad se nos muestra más claramente que nunca. Así según el testimonio de *Ryu Murakami*⁹⁴, si bien hubo gente que huía de *Tokio* la mayoría se quedaba ahí, aludiendo a que sus trabajos, amigos y familia estaban en

⁹⁴ Escritor y director de cine japonés. v. MURAKAMI, Ryu. *Yo no Huiré*. [en línea] "El País". 20 de marzo del 2011. <http://elpais.com/diario/2011/03/20/internacional/1300575625_850215.html> [consulta: 5 de diciembre de 2011].

ese lugar y que era su deber permanecer para ayudarles. Este sentido de ocupar un lugar en el mundo es tremendamente importante para ellos, el saberse parte de su sistema y de que ellos depende su funcionamiento, que el todo, que es su sociedad depende de su capacidad de responder con dignidad y eficiencia a la posición que ocupan, desde los más humildes hasta quienes cuentan con mayor dinero o estatus, este juego social del que son parte y al que ellos quieren pertenecer porque tiene sentido para ellos, es donde pueden demostrar y ser reconocidos por sus pares, lo que les confiere identidad, un problema del que en occidente estamos sufriendo por las pocas directrices que tenemos, donde básicamente cada quien debe arreglárselas para ocupar alguna posición que tampoco asegura ningún tipo de satisfacción o reconocimiento.

Ante el caos, la organización colectiva es la respuesta. Ante el miedo no se olvidan que tienen una obligación para con su familia, su país y consigo mismo que no se pueden olvidar. Ante el costo de la guerra y la vergüenza que como país debieron aceptar y pagar de una forma que violentaba sus creencias más profundas, no se olvidaron que debían mantenerse dignos ya que es parte del respeto que deben mostrarse para sí y para sus pares. Ruth Benedict ha graficado lo anterior en lo que llama "círculos" de lealtad; al emperador, a uno mismo y su nombre, a los superiores, etcétera, que pretenden mantener la situación perfectamente ordenada.

El ideal japonés es una vida armoniosa en la que los individuos son completamente absorbidos en sus grupos, en lo que Chie Nakane define como *Household*⁹⁵ traducción que hace al inglés del término japonés *ie* que representa a un grupo social construido sobre la base de un marco establecido de residencia o, a menudo en la actualidad, de manejo organizacional. Además nos advierte que en la

⁹⁵ Refiriéndose a un marco, que puede ser una localidad, una institución o una relación particular que une a un conjunto de individuos en un grupo. Fijando un límite que les da una base común a un conjunto de individuos que se hallen o participen de ella. Señala que: "In fact, my term *frame* is the English translation of the Japanese *Ba*. (...) *Ba* means "location", but the normal usage of the term connotes a special base on which something is placed according to a given purpose."

[De hecho, mi término *marco* es la traducción en Inglés del *Ba* japonés. (...) *Ba* significa "lugar", pero el uso normal del término connota una base especial en la que se coloca algo de acuerdo a un propósito determinado.] v. NAKANE, Chie. *Japanese Society*. University of California Press, Berkeley and Los Angeles, California. 1998. p. 1.

identificación de grupo, un marco como una empresa⁹⁶ o asociación es de primordial importancia ya que es la pertenencia a tal grupo lo que constituye el atributo principal que clasifica a los individuos socialmente y que, de hecho, es la base de la organización social japonesa. La relación de verticalidad entre los distintos miembros de la sociedad se convierte en principio para la creación de la cohesión entre sus miembros. Las relaciones humanas son exclusivamente de uno a uno, donde la lealtad es el principio más alto y firme. Al describir la personalidad de un individuo, un japonés normalmente lo primero que citará para definirse es su posición, mientras que sus cualidades individuales las tenderá a pasar por alto, porque "es" en tanto aporte para la sociedad, para su propio *ie*.

Aún hoy en las zonas rurales, la gente dice, "un vecino es de mayor importancia que los propios familiares" o "usted puede continuar su vida sin primos, pero no sin sus vecinos", tanto como un trabajador puede decir que podría vivir sin sus vecinos pero no sin sus compañeros laborales que le permiten a la empresa mantenerse a flote; tanto así es su disposición a vivir en comunidades solidarias, las que no resultan antojadizas en un territorio difícil como el japonés. Para ello, los japoneses incluso tienen un término específico: *Kaisha*, que simboliza la expresión de conciencia de grupo, que no quiere decir que los individuos estén obligados por un contrato ni nada parecido, sino que de acuerdo a la forma en que están acostumbrados a desenvolverse socialmente, desde sus orígenes en sus distintos *ujis* –porque el *household* es un tipo de *uji* moderno–, se han mentalizado para no pensar en sí mismos como entidades separadas de su entorno, y es de ésta forma como responden a sus *habitus* de comportamiento, que se refleja hasta en la forma que le dieron a su sistema filosófico-religioso, porque el *shintō* propone una relación directa y profunda con el medio ambiente y con los sistemas familiares, que en generaciones pasadas eran las células económicas del país.

Considerando anterior hay que añadir que el respeto por los ancianos es una de las principales características de la estructura social, en la que ellos se

⁹⁶ Nakane, en su estudio sociológico sobre la conservación de estructuras sociales tradicionales que permanecen en la sociedad moderna japonesa, adaptándose a las nuevas formas de estar en comunidad, hace toda una observación en el cómo se ha ido trasladando el espíritu comunitario de la aldea a las empresas que forman verdaderas asociaciones de trabajadores, los que se identifican con la compañía a la que pertenecen. Lo que a los occidentales se nos presenta casi incomprensiblemente, pero que refleja claramente el cómo el ser social en Japón es fundamental y que no han podido abandonar sus formas de relacionarse como grupo aún en su realidad contemporánea.

encuentran en la posición de más alto rango dentro de las familias y en general en la sociedad, tratándolos con suma deferencia⁹⁷ y siempre atentos a las enseñanzas que pudiesen aportar con su experiencia. Ellos son símbolos de la preservación de su cultura ancestral y de la conciencia del ritmo constante y absoluto de la vida, además son ellos los que han preservado, a través de la cultura oral, todas las tradiciones y creencias milenarias, entre ellas el recuerdo de que según sus leyendas es el emperador la figura del rango más alto de la nación como fundador y pacificador del territorio y que, por tanto, merece el respeto y lealtad de su pueblo.

Al basarse siempre en el colectivo, el poder y la influencia del grupo no sólo afectan e influyen en las acciones de los individuos, sino que altera incluso sus ideas y formas de pensar. La autonomía individual se minimiza y cuando esto sucede el punto en que la vida pública termina y donde empieza la vida privada ya no se puede distinguir. En este sentido creemos que comenzamos a entender las dificultades que esta sociedad tendría para eliminar ideas y creencias que considera elementales de su ser social, más aun si el cambio pudiese afectar su ordenada estructura social, que esta estratificada, como lo hemos visto, hasta en las más pequeñas unidades de sociabilidad. Toda esta mentalidad es un refuerzo de la sensibilidad que puede generarles su historia como nación o la simbología sagrada del emperador, simplemente para ellos son cuestiones fundamentales sin las que comprender el mundo, su mundo, les sería imposible. Dado que hasta ahora les ha funcionado la forma en que se desenvuelven, tanto entre ellos, como a nivel internacional con otros países es que el que se decidieran a replantearse tales cuestiones suena poco probable, lo que significa que la casa dinástica puede estar relativamente tranquila, por ahora, en su posición.

b) Sentido y Sensibilidad nacional

Mori Kōichi ha señalado que parecen haber sido tres los elementos que hicieron posible el éxito de la estrategia de unificar y gobernar al pueblo por medio del emperador. Estos serían la homogeneidad de la estructura social, con valores

⁹⁷ Entre ellas es el uso del lenguaje, el que con distintas afecciones se adecúa a distintas situaciones y a distintos interlocutores. El uso del *Keigo*, el lenguaje honorífico que establece jerarquías entre las personas, al ser la manera formal de comunicación, es una manera cotidiana de hacer patente la diferencia entre los sujetos.

éticos comunes de lealtad y piedad filial, el sistema educativo compuesto por las escuelas, el ejército e instituciones religiosas, junto al control ideológico aplicado por el poder de la policía y el poder del emperador como un símbolo religioso que esta combinado a la popular religión nativa y oficial de la nación, el *shintō*. El significado del emperador como un símbolo religioso para la gente común, genera que la actitud de las personas hacia él sea un elemento importante en la estructura sensible y en las creencias japonesas⁹⁸, lo que le confirió un alto grado de apoyo por parte de todos los estratos de la sociedad japonesa. Pero a diferencia de lo que propone *Mori*, acerca de que en la actualidad la población del país no está interesada en las circunstancias o mantención de la casa imperial, aludiendo a que de plantearse un nuevo sistema político, como por ejemplo, si ganase el PC japonés, la mayor parte de la población abandonaría al emperador y su acepción simbólica sin un momento de vacilación⁹⁹, nos hace pensar sobre el cómo pudiese ser que el emperador sigue en esa posición de privilegio únicamente porque sí, que no hay más razón que apatía o pereza.

La historia de Japón es la historia de sus emperadores, el tiempo lo han entendido y estructurado en base a las distintas eras imperiales, por tanto no sería extraño pensar que, aunque no sea una idea de primer orden dentro de las prioridades de la sociedad actual, si es posible suponer que no están interesados en eliminar al emperador o sus futuros descendientes de su orden sociocultural. Es más, cuando hace unos años atrás se vivió un periodo de tensión cuando ninguno de los príncipes hijos de Akihito¹⁰⁰, ya casados, había logrado concebir un hijo varón –ya que según dicta el protocolo de sucesión el heredero del trono debe ser un hombre– y lejos de tomarse esta situación con desdén o una oportunidad de

⁹⁸ "In general, there appear to have been three elements that made possible the success of the strategy to unify and govern the people by means of the emperor: the homogeneity of the structure of community, including common acceptance of the ethical values of loyalty and filial piety, the educational system comprised of the schools, the army, and religious institutions, together with ideological control enforced by police power, and the power of the emperor as a religious symbol that combined indigenous popular religion and officially sponsored national Shinto." v. MORI, Kōichi. *The Emperor of Japan: A historical study in religious symbolism*. "Japanese Journal of Religious Studies". 1979. p. 522

⁹⁹ "They will not fight or risk their lives to protest the abolition of the emperor-system. The emperor-symbol simply does not mean that much to people today."

[No van a pelear o arriesgar sus vidas para protestar la abolición del sistema imperial. El emperador-símbolo simplemente no significa mucho para la gente de hoy.]

MORI, Kōichi. Op. Cit. p. 558.

¹⁰⁰ El hijo mayor y primero en la línea de sucesión es el Príncipe *Naruhito* (42), mientras que su hermano menor es el Príncipe *Akishino* (37).

deshacerse de la casa imperial y cortar definitivamente con esta presencia de una tradición arcaica que ya no representa una mayor utilidad para el actual sistema político, la reacción general fue de preocupación y la idea de que la posibilidad de sucesión se extendiese a los descendientes de sexo femenino, puesto que, el príncipe heredero ya tenía una hija pequeña que hubiese sido la heredera si en medio de la discusión generalizada, no hubiese ocurrido el nacimiento del príncipe *Hisahito*, Hijo del segundo príncipe, con lo que los proyectos de modificación a la Ley de la Casa Imperial quedaron suspendidos.

Luego de ser derrotados por las fuerzas aliadas en la Segunda Guerra Mundial, el emperador de entonces, *Hirohito*, fue instado por los norteamericanos en la figura del General MacArthur a abjurar de su divinidad frente a su pueblo. El que finalmente esto se produjera sin intentos de sublevación ni por parte del emperador o del pueblo, es síntoma de que según la mentalidad y moral japonesa el embarcarse en la tarea imperialista de expandir su influencia y unir Asia bajo su control, asumió junto a la posibilidad del éxito, las consecuencias del fracaso. Así, la constitución de 1889 en la que se establecía que “El Imperio del Japón está gobernado por los emperadores de la dinastía que ha reinado en línea ininterrumpida durante los pasado siglos”,¹⁰¹ fue modificada para pasar a señalar en la nueva constitución de 1945 que “El Emperador es el símbolo del Estado y de la unidad del pueblo, derivando su posición la voluntad del pueblo en quien reside el poder soberano”.¹⁰² El cambio es radical, en cuanto a las atribuciones y al asentamiento imperial en la sociedad.

A pesar de que históricamente los primeros catorce emperadores no tienen un respaldo historiográfico confiable y se los considera personajes más legendarios que reales al menos desde el 210 D.C. en el gobierno de *Ojin*, las huellas son rastreables por lo que esta renuncia implicaba abandonar una afirmación que tenía la misma antigüedad que la propia Nación. Aquí resulta especialmente interesante la perspectiva que hemos presentado sobre el poder, porque se puede aceptar con estos hechos que es posible y muy efectiva la inculcación de una idea no de manera violenta sino que bajo el peso de la práctica y el asentamiento cultural a

¹⁰¹ Constitución del Imperio del Japón; Tokio, 11 de febrero de 1889. Capítulo I, artículo I.

¹⁰² Constitución del Imperio del Japón; Tokio, 1945 (aplicada desde 1947). Capítulo I, artículo I.

través de generaciones y generaciones la que se realizó limpiamente gracias al aislamiento y al celo japonés de su tradición.

La cosmología de este pueblo se ha moldeado en base a estas verdades sobre la figura imperial y a partir de las semillas plantadas en su mentalidad como grupo social que comparte ciertas disposiciones, creencias y prácticas comunes, será casi imposible eliminarlas, porque de hecho, están tan arraigadas en su psique colectiva que es un elemento clave y que les otorga una identidad de grupo, de la que en gran porcentaje se sienten orgullosos. Hay conductas ancestrales que se han ido reproduciendo durante cientos de años y de las que a menos que algo cambie muy seriamente seguirán siendo parte de su idiosincrasia, puesto que la figura del emperador se ha anclado férreamente a la historia y se ha vinculado al imaginario nacional de una forma tremendamente efectiva: a través del mito, uno que se mantuvo por dos mil años de manera ininterrumpida y que la firma de una rendición de guerra en la que todos como japoneses perdieron algo, no podría borrar. La fantasía de las leyendas populares reproducidas en poemas, cuentos, imágenes, obras teatrales, ritos, oraciones¹⁰³ y las propias celebraciones nacionales, como el día del supuesto advenimiento del primer emperador *Jimmu*, que realizaría la fundación del imperio, el 11 de febrero, es celebrado como el día de nacimiento de la nación entera¹⁰⁴, todas estas expresiones que vinculan al emperador y su historia a la memoria emotiva y patriotismo de los japoneses es lo que les sigue permitiendo sentir un lazo real con su representante.

Retomando las ideas que *Mori* propone, a pesar de que concluye algo opuesto a nuestra propuesta, explicando que los japoneses no están interesados en la permanencia o no de la dinastía imperial y que el apoyo que se demuestra en las

¹⁰³ Un ejemplo de una famosa oración en honor al soberano hizo convergir hacia su persona la lealtad de generaciones fue:

“Séate dado el vivir mil años felices,
Mi Señor, hasta que las piedrecillas de ahora
Reunidas por los siglos, se transformen en grandes rocas
Cuyos flancos venerables estén tapizados de musgo”.

Cit. GOWEN, Herbert. Op. Cit. p. 327.

¹⁰⁴ Originalmente la fecha fue llamada *Kigensetsu*, “Día del imperio” y se cree que *Meiji Tenno* estableció tal fecha como parte de su esfuerzo para reforzar la legitimidad de la familia imperial. Durante la celebración se realizaban grandes paradas y festivales, considerándosele una de las cuatro festividades más importantes de Japón. Tras la Segunda Guerra Mundial, el *Kigensetsu*, como tal fue abolido, dada su relación con la nobleza del país, pero ya que tal fecha ya había sido incorporada como la celebración de Japón, se restableció luego con el nombre de “Día de la Fundación Nacional” en 1966.

encuestas no significa que se crea necesaria la existencia del emperador, él también advierte que como sociedad carecen del sentido o autonomía que les permita rechazar al emperador como una postura política independiente. En esto coincidimos, porque a nuestro parecer, y como ya hemos expuesto, la creación del símbolo, de la institución imperial como tal, es una construcción milenaria pero a diferencia de *Mori*, creemos que como todo símbolo está firmemente ligada a la memoria emotiva y orgullo nacional, por lo que no es para nada una presencia de la que se sientan absolutamente ajenos.

Esta conciencia primordial y primigenia que se ha logrado mantener en la sociedad japonesa es lo que podríamos definir como la conciencia mítica de la que habla Georges Gusdorf, el *habitus* de Bourdieu o los remanentes arcaicos de Freud a los que destacamos por el hecho de que presentan una idea de la que Bourdieu se tomará después, pensar que nuestra mente pudiese heredar patrones que nos hacen actuar y pensar de formas acordes a la historia de nuestra genética es fascinante. Aunque claro que estas disposiciones deben verse alentadas por el trato social, pero la profunda identificación y lealtad que el pueblo japonés demostró a una dinastía que en más de un momento tuvo todo en contra para prevalecer, hace al menos considerar la posibilidad de que tal conexión no fuese el producto de la mera escucha de ciertos relatos o la presencia mediática y ceremonial de un hombre al que se dice deben aceptar como representante no electo en un mundo donde se supone que el pueblo somete a votación a todos sus dirigentes porque si no, no son considerados dignos de un cargo público. El emperador japonés no está sometido a estas reglas del juego, es más, sorprende que muy recientemente tras el terremoto devastador ocurrido en Japón en marzo de 2011, la personalidad pública mejor evaluada era precisamente Akihito con un 78% de la confianza de los encuestados por sobre cualquier otra entidad gubernamental¹⁰⁵, que tras dar un

¹⁰⁵ Según consta en una encuesta de opinión realizada por la Associated Press-GfK, en la que también se dio a conocer que sólo alrededor del 11% de los encuestados dijeron que confían en los ministros del Gabinete, el 9% lo hace en la Dieta, mientras que un 74% lo hace en las Fuerzas de Autodefensa, las que a pesar de estar en terreno socorriendo a las víctimas, aún así no superan el apoyo al emperador.

“A new Associated Press-GfK public opinion poll indicates that one thing that has suffered has been the degree of trust that Japanese feel toward their government. The results are stark:

Only about 11% of respondents said they usually trust the cabinet ministers. And only about 9% say they trust the Diet, the national parliament. (...)The same public opinion poll found two groups that are gaining in public esteem: The Self-Defense Forces-Japan's de facto

discurso en video a su nación conminando a sus habitantes a resistir con fortaleza esta nueva prueba que las naturaleza les imponía, conminándolos a entenderse y ayudarse mutuamente a la vez que les hacía saber su admiración por la calma y orden que los ciudadanos habían mostrado¹⁰⁶. Estas palabras, tal vez poco apasionadas a lo que acostumbramos en occidente, son de una gran fuerza emocional para los japoneses. Su mentalidad de sacrificio y de solidaridad comunal es de sus virtudes más apreciadas, y las que les impulsan a actuar de acuerdo a la moral estricta y ordenada de su sistema social los hace sentir como personas de honor y que a su familia le dan distinción.

Este sentido de trascendencia está presente desde el emperador hasta el más humilde de los japoneses, y es una responsabilidad que para nada es menor dentro de su mentalidad, el traerle vergüenza a su familia debe ser la peor pena que cualquier japonés ha de sentir, porque manchar la reputación familiar puede hacerse con un simple acto impío, pero el recuperar el respeto de sus semejantes es el resultado de generaciones de comportamiento intachable. La concepción de culpabilidad japonesa es muy distinta a la que tenemos los occidentales, porque mientras nosotros, pensamos en la culpa como una carga individual, los japoneses creen en ésta en tanto seres sociales, pertenecientes a una comunidad, por lo que más que la culpa es la vergüenza lo que les pesa, el no reconocimiento, su intrascendencia. Y podemos explicarlo de dos formas, o es en esta condición natural de la población nipona en la que los *Yamato* sustentaron su dinastía, o es la dinastía la que volvió esta intención de perdurabilidad en un rasgo social primordial en la mentalidad de su pueblo. Como sea, esa psique determinada es la que les hace tomar tanto en cuenta y sentir especial orgullo por contar con la dinastía ininterrumpida más longeva del mundo y lo que hace que no quieran perder tal prestigio internacional. Ya que ellos como nación también tienen un *on* al que responder ante la comunidad mundial.

military-is trusted by 74% of the people. And the most trusted of all? The Japanese Emperor, who gained 78% of the respondents' trust."

PENN, Michael. *Emperor tops Japanese trust: Poll*. [en línea]. "Press TV". 03 de marzo del 2011. <<http://www.presstv.ir/detail/197264.html>> [consulta: 05 de marzo 2012].

¹⁰⁶ HIGUERAS, Georgina. *El emperador japonés se dirige a sus súbditos para expresar su 'profunda preocupación'* [en línea]. "El País". 16 de marzo del 2011. <http://internacional.elpais.com/internacional/2011/03/16/actualidad/1300230011_850215.html> [consulta: 04 de marzo 2011].

Aunque el Emperador mismo sacrifica su supuesta ascendencia divina y parentesco con la diosa *Amaterasu*, el pueblo japonés no pidió su destitución ni la de su familia del rango en el que estaban erigidos ¿por qué no se produjo la caza de brujas de la que ya fuimos testigos en occidente? y ¿Porqué cuando terminó lo que podríamos llamar, con claras reservas la “Edad Media” japonesa durante el *shogunato*, no ocurrió que el pueblo buscase cada vez más libertades y terminase por desarticular su sistema social tan fuertemente jerarquizado y sujeto a restricciones?

Esto es explicado, en cierto modo, por la antropóloga Ruth Benedict cuando señala que en ésta cultura a los hombres a quienes se les conceden las muestras más elevadas de respeto debidas a su posición jerárquica, como mencionamos antes, no suelen ejercer un poder arbitrario y más allá de eso se hace lo posible por “...minimizar la apariencia de una autoridad arbitraria y porque cada acto aparezca como un gesto de lealtad al símbolo del estatus, que casi siempre está divorciado del auténtico ejercicio del poder”¹⁰⁷. Por lo que es una posibilidad que este gesto del propio emperador fuese tomado como el sacrificio que la máxima autoridad realizaba asumiendo la derrota y que al contrario de lo que pudiese esperarse, lejos de tomar la oportunidad de alejarlo del poder, posicionara aún más su figura y alentara al pueblo a aceptar ellos también la parte que les correspondería de la penosa situación de ocupación y desastre interno tras la guerra.

Esta misma autora consigue introducirnos en términos tales como el “*on*” u obligaciones contraídas pasivamente, que no se refiere a lo que antes presentábamos sobre la delegación del poder, sino que más bien al hecho de que toda persona lleva una carga de honor que amerita respeto y obediencia que se aplica tanto frente a un superior y como ante sí mismo. Es una carga jerárquica que está anclada en la mentalidad japonesa, en su psique. Esta forma de enfrentarse ante la sociedad sirvió para establecer un magnífico plan de autogobierno, cada persona se preocupa de mantenerse siempre en un margen de buena conducta y paradójicamente de progreso, ya que como una falta puede marcar, también los méritos son ampliamente reconocidos y valorados en un plano muy alejado de la vanidad y banalidad.

Es el emperador quien comienza pagando su propio *on* para con su pueblo, como vimos, desde siempre fue un cargo con privilegios y obligaciones que

¹⁰⁷ BENEDICT, Ruth; Op. Cit. p. 217.

sobretudo interesaba en un sentido místico y espiritual, por lo que al tener que ceder a las formas occidentales de gobierno sin rebelarse y con humildad, debió enviar un nuevo mensaje simbólico con su actuar, que seguramente activó esa memoria emotiva, ese ADN psicológico que escapa a la razón y tiene un pase directo a una sensibilidad de la sólo pudieron ser parte los propios japoneses y que explican un sistema de gobierno que sigue en pie y que no da luces de pensar erradicarse, es más, asoma como un baluarte del pensamiento y lógica inconsciente más profunda de éste pueblo. El sacrificio de la máxima autoridad en la escala social del país debe ser mayor que el de cualquier otro ciudadano, el emperador es el líder espiritual y moral del país, por lo que es imperioso que, si es que el sentimiento nacional fue de vergüenza ante acciones que desencadenaron en el desastre de su adorado territorio y la pérdida de la armonía, se actúe acorde a esa jerarquía, lo que no hace más que confirmarla. Tal vez esto puede resultar contradictorio para cualquiera que no responda a esta mentalidad milenaria pero un japonés ciertamente lo entiende, respeta y valora.

El estado de minimización de la autoridad imperial al que se vio sometido *Hiroito*, ya había registrado cierto parangón en el pasado durante los *shogunatos Ashikaga* y sobretudo *Tokugawa* en los que el Emperador tenía su corte en *Kioto* y “...vivía en un palacio sin fortificar, más sencillo que las casas de muchos nobles, viviendo sin pretensiones y rodeado de un pobre muro de barro”,¹⁰⁸ sin que esto –aparentemente– afectase su posición en la jerarquía japonesa, ya que su rango lo tiene por ser quien es y los japoneses lo aceptaban ya que funcionaba como un eje organizador de su vida social, explicando el porqué de este reinado milenario. Y porque esa misma modestia contrastada a los excesos de lujos demostrado por los shogunes con, por ejemplo, la construcción del suntuoso *Gin-kaku-ji* (Santuario del Pabellón de Plata) en contraste a la modestia del pueblo, no hizo más que reforzar la admiración y el sentimiento de identificación de la gente común hacia el emperador en ese tiempo, es que tras la Segunda Gran Guerra la casa imperial no fue destituida ni repudiada, hay una mentalidad particular que está operando tras esa realidad.

El hombre puede soportar las más increíbles penalidades cuando está convencido de que sirven para algo y la misión de los símbolos es justamente darle sentido a

¹⁰⁸ OHLSON, Siri. *Historia del Japón, desde los orígenes hasta principios del siglo XX*. Ed. Seix Barral S. A. Barcelona, 1940, p. 45.

los fenómenos que tal vez son demasiados complejos para verbalizarse en conceptos libres de las emociones que evocan. La sensación de que la existencia tiene una trascendencia, un significado más amplio que el simple progresismo y consumismo, es lo que poco a poco comienza a manifestarse como una enfermedad de nuestros tiempos. Las personas se sienten tristes y desgraciadas, buscando la trascendencia en cualquier lugar que prometa dárselas. Pero Japón no, tal vez vamos demasiado rápido despreciando esa aparente ingenuidad y hasta torpeza de ellos por seguir realizando ritos que no pueden –a nuestro entender- ser más allá que un acto pintoresco, pero lo cierto es que tal vez por la propia rigidez y seriedad con la que toman conciencia de que esos factores estructurantes que están grabados en su memoria emotiva son los que los mantienen aún conectados con el llamado “*Yamato Damashii*”: el alma del Japón.

Como también ya hemos explicado, existe este factor de *sumisión voluntaria*, de *habitus*, de una entrega del poder, de una renuncia, de una ignorancia o simplemente un condicionamiento dado por la temprana jerarquización y la posterior llegada del budismo. También hemos hablado de la fuerza con que los símbolos fundadores, o este *mito del héroe* se anclan en un plano que está más allá del control de la razón, que se ha llamado la psique por Jung y el que no podemos manipular de buena gana, ya que nos lleva a ver el mundo de cierta forma y establece cánones en nuestra conducta y racionalización de los fenómenos que nos rodean. Pero tampoco podemos quedarnos simplemente con ello, porque es un hecho que el hombre moderno desde el inicio de la época contemporánea ha ido matando poco a poco, pero de forma sostenida, los símbolos investidos de sacralidad. Al crecer el conocimiento científico nuestro mundo se ha ido deshumanizando y el hombre se siente aislado ya que ha perdido su identidad inconsciente, esa que está refugiada en un lugar inaccesible pero que no por ello no ha visto cómo cada vez nos desconectamos más de ella.

Gracias a la mezcla histórico-mitológica de Japón, a la cultura popular y el reforzamiento de la jerarquía social que las religiones aportaron a la mentalidad nipona es que los individuos fueron creando un espíritu nacional, el *Yamato Damashii*, con ello los sujetos fueron creando lazos entre sí, instituyendo un cuerpo de normas e institucionalizando una creencia, cultura e imaginario común, en donde el poder simbólico se ocultó instaurando significados legítimos que están

demasiado conectados a la sensibilidad y patriotismo de los ciudadanos. Si es cierto que la autoridad sólo existe como tal cuando los dominados la otorgan, cuando la aceptan y se atan a ella, también es cierto que la economía del poder asegura que éste se asiente sin un gasto demostrativo del mismo, por lo que no genera rechazo entre quienes deben soportarlo. El emperador japonés impuso su superioridad a cualquier otro miembro de la sociedad, justificado desde el honor y distinción obtenida como una de las familias más longevas, descendientes de quienes dieron unidad política al país; hasta una emanación divina que justifica una autoridad ilimitada en tiempo e inusurpable a dicha dinastía. El que sea irremplazable, incluso en la actualidad es porque es su ascendencia lo que los torna símbolos nacionales a la vez que a estas alturas la casa imperial se ha institucionalizado, el propio emperador ya lo ha hecho hace mucho tiempo, porque siempre la autoridad se transportó hacia otro lugar que no es el “uno” emperador, por mucho que haya emperadores más sobresalientes que otros, sino al “algo”, la figura imperial, el cargo en sí, no el hombre. Siguiendo el mismo patrón por el que se organiza la sociedad que lo ha generado, incluso dentro de la dinastía de los *Tenno* existe esta tendencia a la no individualización y acaparamiento. El emperador es Japón, es él quien en su historia les ha narrado a sus compatriotas la historia, los mitos, las fantasías, las creencias y filosofías que como nación han sucedido y afectado en algo sus sentidos y que los hace ser quienes son, es un símbolo sagrado en tanto representa mucho más que un simple diplomático, su poder es real a la vez que invisible y así lo entiende su país, así nos queda claro una vez realizado este acercamiento a su figura.

CONCLUSIONES

Al comenzar el estudio del fenómeno imperial en Japón me encontré perdida entre una serie de significancias que su figura podía alcanzar en la mentalidad de su pueblo. El porqué se ha mantenido en su rango de jerarquía siempre fue una interrogante que creí no llegaría a comprender. Y aunque en estos momentos no pretendo aventurarme a decir que he encontrado la respuesta, creo que al menos me he acercado a comprender en algo la realidad, emocionalidad y construcciones sociales que existen tras su mantenimiento y, aún hoy, popularidad.

Japón ha evolucionado hasta que el mítico hijo de la diosa del sol se ha convertido en el prestigioso representante de una democracia moderna muy especial, sin que su valor ante la ciudadanía haya sufrido menoscabo. Cuando planteábamos que el Emperador japonés a lo largo de la historia ha logrado ser más que su ascendencia divina y que está más allá de la simple e impuesta sacralidad de la que estamos familiarizados en occidente o el poder de mando efectivo, de lujos y símbolos de poder creo que no nos equivocamos.

El emperador japonés es Japón. En él sus súbditos ven prevalecer por sobre la temporalidad el espíritu japonés, lo que ellos llaman *Yamato Damashii*, es él el símbolo y la sacralidad de su figura reside en la trascendencia real que representa, más allá del mito. Es un símbolo con la fuerza de un emblema patrio, sagrado por la potencia de la profunda identificación de su pueblo con él, la que ha sido posible por las condiciones únicas tanto geográficas, naturales, culturales y espirituales del Japón. A lo largo de la historia del país nos dimos cuenta cómo es que han forjado alrededor de su figura una cosmovisión que más allá de los componentes fantásticos le dio una explicación al mundo que les rodeaba y a partir de ello es que se produjo una compleja red de estructuras de pensamiento que tornó su medio en un lugar ya no hostil sino que especial en el cual desenvolverse con menos miedo y más armonía. Con un sentido de la vida, de la naturaleza, de las relaciones humanas y con la autoridad que es único y seguramente irrepetible puesto que se valió de muchos factores para desarrollarse.

Avanzando por dichos factores es que recurrimos a analizar las diferentes creencias y filosofías de vida que han tomado lugar en la fe del pueblo japonés pero

nos sorprendimos de notar que entre todas ellas existen puntos clave de comunión, lo que invita a pensar que o bien la sociedad japonesa estaba muy poco dispuesta a aceptar algo completamente nuevo o a que cada nueva irrupción comprendió que las disposiciones de este pueblo eran evidentes por lo que debían amoldarse para poder penetrar en sus sistemas valóricos y morales.

Fue notable también el notar cómo cada tendencia se dirigía hacia el emperador, como en cada período de su historia o cada ideología tenía en mayor o menor medida que ver con su figura, cómo el tiempo y la trascendencia son medidos en tanto su historia y porvenir. El comprender que es posible el que nuestra mente se organice de formas muy complejas para hacer relucir disposiciones adquiridas por nuestra sociedad entera antes que nosotros y que hay huellas culturales que pueden ser rastreables y que, de paso expresan un carácter de grupo, sensibilidades, formas y maneras que nos pueden guiar en determinadas direcciones al ser estimuladas.

Puesto que durante siglos la Casa Imperial estuvo reducida en sus funciones, en su poder e incluso en su imagen pública y en su relación con el resto del pueblo, a nuestro entender mucho antes de la capitulación ante los Aliados el emperador pudo dejar de existir pero no lo hizo por el fuerte lazo emocional que generó con los japoneses, el mismo que muy seguramente hizo posible que en la actualidad continúe su permanencia y que su pueblo se sienta acogido y respaldado cuando se dirige a ellos.

Su calidad de símbolo de la unidad nacional y de palpable testimonio de dos mil años de tradición no se ha alterado pese a los cambios del sistema de gobierno aplicados ayer y hoy a la nación, una muestra de que la clase de poder con la que siempre ha contado, que está relacionado a la espiritualidad y una ética moral que sólo puede ser entendida por quienes comparten su misma cosmovisión, sigue latente y que se activa cada vez que entra en contacto con ellos. Puesto que la forma en que se relaciona con su pueblo no tiene nada que ver con la que lo haría un político normal, no se puede esperar que esta relación esté basada en una comprensión racional de la misma, afecta directamente los sentidos de los japoneses. Cuando nos interiorizamos un poco en la mentalidad de este pueblo, en sus rígidos sistemas de calificación social y de posiciones dentro de tal estructura, de sus maneras particulares de incluso hablarse, de relacionarse con desconocidos

y cercanos, la forma en que han adaptado formas tradicionales de convivencia como es el *ie* a la realidad actual de las corporaciones empresariales de toda índole y en la que se comportan consigo mismo, con tanta autoexigencia y decoro, es cuando se hace palpable que esta sociedad está férreamente constituida sobre cimientos que ninguna influencia extranjera podrá destruir. Siendo el emperador el primer ciudadano en su calidad de máximo miembro de su jerarquía social es él el encargado de actuar como un guía ante su pueblo. Así lo hizo durante la modernización del país, siendo el primero en comprender que debía tomar responsabilidad por su cargo y prepararse debidamente para representar a la nación ante el extranjero, como de la misma manera fue el primero en pagar las consecuencias de la terrible y humillante derrota de 1945 al renunciar a algo que ciertamente molestaba a occidente, puesto que ningún líder político de éste lado del mundo está dispuesto a soportar a otro líder que se considere con atribuciones divinas, motivo por el que de las primeras exigencias que se pusieron para firmar la paz fue que el emperador declarase que no se le venerase más como alguien de origen sagrado, para luego poner su cargo a disposición del pueblo en la Constitución inmediatamente establecida.

La sorpresa sería que poco se afectó la forma en que los japoneses veían al emperador y que, de hecho, dada la corrupción que viene aparejada del poder que otorga la política, más bien le han librado del juicio público y cualquier cuestionamiento a su honorabilidad y, por tanto, capacidad para representar al país ante el mundo. El emperador será testimonio de lo el Japón fue e incluso de lo que espera ser, aún ahora está sujeto a una serie de normas que vienen aparejadas a la posición que ocupa puesto que también para él representa un desafío el poder responder adecuadamente a su propio *on*. Pero no hay duda que como símbolo continúa muy vivo en la memoria emotiva de los japoneses, quienes depositan en él su fe en mantenerse firme a los envites de la modernidad y la destrucción del capital cultural, para que cada quien pueda continuar con la función que ocupa en la sociedad y así mantenerse también como el país que son. Como el único país que puede testimoniar una vida de dos mil años de ininterrumpida historia común con su líder, al que han amparado como él los amparó antes y junto al que construirán el futuro.

BIBIOGRAFÍA

LIBROS:

- BENEDICT, Ruth. *El Crisantemo y la Espada*. Alianza Editorial, 3ª Edición, Madrid, 2006.
- BOURDIEU, Pierre. *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Ed. Laia, Barcelona, 1977.
- BOURDIEU, Pierre. *Razones Prácticas. Sobre la Teoría de la acción*. Ed. Anagrama, 1997.
- BOURDIEU, Pierre. *Meditaciones Pascalianas*. Ed. Anagrama, Barcelona, 1999.
- CAILLOIS, Roger. *El hombre y lo sagrado*. Fondo de Cultura Económica, México, 2004.
- COLE, Michael. *Psicología Cultural*. Ed. Morata, Madrid, 2003.
- COOPER, Jean C. *El simbolismo: lenguaje universal*. Ed. Lidium, Buenos Aires.
- DURKHEIM, Émile. *Educación y sociología*. Ed. Península, Barcelona, 1996.
- ELIADE, Mircea. *Lo sagrado y lo profano*. Guadarrama/Punto Omega Ed. 1981.
- FOLCH, Francisco José. *Sobre símbolos*. Ed. Universitaria, Santiago, 2000.
- FOUCAULT, Michel. *Microfísica del Poder*. 1985.[en línea] <[http://www.esnips.com/doc/c5c3c4b2-dfea-4504-af8c-8ece37a0ce80/Michel%20Foucault%20-%20Microfisica%20del%20poder%20\(completo\)](http://www.esnips.com/doc/c5c3c4b2-dfea-4504-af8c-8ece37a0ce80/Michel%20Foucault%20-%20Microfisica%20del%20poder%20(completo))> [consulta: 13 de octubre 2011]
- FOUCAULT, Michel. *Vigilar y castigar*. Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 2002.
- GOWEN, Herbert. *Historia del Japón, desde sus orígenes hasta nuestros días*. Ed. Ercilla, Santiago, 1942.
- INAZO, Nitobe. *Bushido. El Corazón de Japón*. Ediciones Obelisco. 3ª Edición. Barcelona. 1996.
- JUNG, Carl. *El hombre y sus símbolos*. Ed. Luis de Caralt, Barcelona, 1976.

- NAKANE, Chie. *Japanese Society*. University of California Press, Berkeley and Los Angeles, California. 1998.
- OHLSON, Siri. *Historia del Japón, desde los orígenes hasta principios del siglo XX*, Ed. Seix Barral S. A. Barcelona, 1940.
- Religiones del mundo, Ed. Océano (Enciclopedia), 2002.
- SAKAMAKI, Shunzo. *Shinto: Etnocentrismo Japonés*, "Filosofía del Oriente", Fondo de Cultura Económica, México, 1954.

ARTÍCULOS:

- ÁVILA-FUENMAYOR, Francisco. *El concepto de poder en Michel Foucault*. [en línea]. <<http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/avila53.pdf>> [consulta: 01 de marzo del 2012].
- BROWNLEE, John. *Four Stages of the Japanese Kokutai [National Essence]*. [en línea]. <<http://www.iar.ubc.ca/centres/cjr/seminars/semi2000/jsac2000/brownlee.pdf>> [consulta: 05 de marzo del 2012].
- CALDERÓN, Mónica; *Sobre violencia simbólica en Pierre Bourdieu*, "La Trama de la Comunicación" Vol. 9, Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación. Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario. Rosario. Argentina. UNR Editora, 2004.
- IVES, Christopher; *The Mobilization of Doctrine: Buddhist Contributions to Imperial Ideology in Modern Japan*, "Japanese Journal of Religious Studies", 1999. [en línea] <<http://nirc.nanzanu.ac.jp/publications/jjrs/pdf/535.pdf>> [consulta:7 de junio 2011].
- KURODA, Toshio. *The imperial law and the Buddhist law*, "Japanese Journal of Religious Studies", 1996. Vol. 23.
- KURIHARA, Akira; *"The emperor system as Japanese national religion: The emperor system module in everyday consciousness"*. "Japanese Journal of Religious Studies", 1999. [en línea] <<http://nirc.nanzan-u.ac.jp/publications/jjrs/pdf/320.pdf>> [consulta:14 de junio 2011].
- LITERAS, Luciano. *Poder simbólico y realidad social*. [en línea]. <<http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=18101014>> [consulta:13 de agosto 2011].

- MELLAFE, Rolando. *El acontecer infausto en el carácter chileno: una proposición de historia de las mentalidades*. "Atenea". N° 442, octubre. U. de Concepción. 1981. pp. 121-128.
- MELTZER, Donald. *Acerca de signos y símbolos*. [en línea]. <<http://www.buenastareas.com/ensayos/Acerca-De-Signos-y-S%C3%ADmbolos-De/1680459.htm>> [consulta: 4 de febrero del 2012].
- MORENO, Hugo César; *Bourdieu, Foucault y el poder*, "Iberoforum". Vol. I núm. II. 2006, pp. 1-14. [en línea] <<http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=211015573008>> [consulta: 13 de julio 2011]
- MORI, Kōichi; *The Emperor of Japan: A historical study in religious symbolism*. Japanese Journal of Religious Studies", 1979. [en línea] <<http://nirc.nanzan-u.ac.jp/publications/jjrs/pdf/109.pdf>> [consulta:14 de junio 2011].
- TRAMÓN, Jaime; *Historia y cultura de Japón*. "PHAROS: Revista Semestral de la Universidad de las Américas", Vol. 7. Santiago. 2000.
- SHIMAZONO, Susumu. *State Shinto in the lives of the people. The Establishment of Emperor Worship, Moder Nationalism, and Shrine Shinto in Late Meiji*. "Japanese Journal of Religious Studies". Vol. 36. 2009. [en línea] <<http://nirc.nanzan-u.ac.jp/publications/jjrs/pdf/814.pdf>> [consulta:16 de junio 2011].
- YANAGAWA, Keiichi y ABE, Yoshiya. *Some Observations on the Sociology on Religion in Japan*. "Japanese Journal of Religious Studies" Vol. 5. 1978. [en línea] <<http://nirc.nanzan-u.ac.jp/publications/jjrs/pdf/70.pdf>> [consulta: 23 de junio 2011].

OTROS RECURSOS UTILIZADOS:

- Diccionario Etimológico - deChile.net [en línea] <<http://etimologias.dechile.net/?poder>> [consulta:21 de marzo 2012]
- Guíadelmundo.org <<http://www.guiadelmundo.org.uy/cd/countries/jpn/History.html>> [consulta: 14 de enero del 2012].
- HIGUERAS, Georgina. *El emperador japonés se dirige a sus súbditos para expresar su 'profunda preocupación'* [en línea]. "El País". 16 de marzo del 2011. <http://internacional.elpais.com/internacional/2011/03/16/actualidad/1300230011_850215.html> [consulta: 04 de marzo 2011].
- Los 17 artículos de Shōtoku Taishi (Dyushishidyo kempo). [en línea]. <<http://historiadejapon2012-1.blogspot.com/2011/08/constitucion-de-los-17-articulos-604-ec.html>> [Consulta: 21 de febrero del 2012].
- MUÑOZ, Neila y MARÍA, Carlos. *Antropología Simbólica y de la Religión: Imágenes y símbolos*. (Tesis). 2001. [en línea] <<http://www.scribde.com/limba/spaniola/Imgenes-y-Smbolos-Mircea-Liad185910236.php>> [consulta: 17 de octubre del 2011]

- MURAKAMI, Ryu. *Yo no Huiré*. [en línea] "El País". 20 de marzo del 2011. <http://elpais.com/diario/2011/03/20/internacional/1300575625_850215.html> [consulta: 5 de diciembre de 2011].
- PENN, Michael. *Emperor tops Japanese trust:Poll*. [en línea]. "Press TV". 03 de marzo del 2011. <<http://www.presstv.ir/detail/197264.html>> [consulta: 05 de marzo 2012].
- Real Academia Española (Diccionario de la Lengua Española - Vigésima segunda edición).2001. [en línea] <http://buscon.rae.es/drae/SrvltConsulta?TIPO_BUS=3&LEMA=> [consulta: 17 de agosto 2011].